

LUIS GONZALEZ LOPEZ



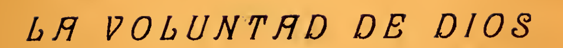
La voluntad de Dios

COMEDIA DRAMATICA, DOS ACTOS



LIBRERÍA: F. FÉ MADRID




LA VOLUNTAD DE DIOS

OBRAS DE LUIS GONZALEZ LOPEZ

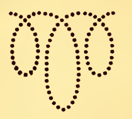
BAILEN - Monografia - (Agotada)

CAUTIVO DE AMOR - Novela - (Agotada)

EN LA LEJANIA... - Novela

TEATRO

LA VOLUNTAD DE DIOS - Comedia



LUIS GONZALEZ LOPEZ



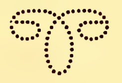
LA VOLUNTAD DE DIOS

COMEDIA DRAMATICA, DOS ACTOS



Estrenada en el Teatro Cervantes de Jaén,

el 2 de enero de 1919



F. FE. LIBRERIA

MADRID

Imprenta de Sebastián Cañada. Consuelo, 5 - Teléfono 155 - Jaén

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Abuela Desamparados.	*Carmen Corcuera.*
Doña Remedios. . . .	*Mercedes Guerra.*
Sara	*Mercedes Sampedro.*
Luz.	*Rafaela Montero.*
Martina	*Mercedes Mata.*
Señá Providencia. . .	*Encarnación Vivero.*
Don Jacinto	*Manuel Llopis.*
Jesús	*Luis Domínguez.*
Alvaro	*Nicolás Perchicot.*

La acción, en un pueblo de Andalucía. Época actual. Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

Un gabinete confortable, amueblado con cierta modestia, en el que se ven, convenientemente distribuídos, cuadros, sillas, una máquina de coser, un viejo armario con libros, un costurero, dos butacones de cuero y una mesa de escritorio, sobre la que aparecen algunos libros y papeles en desorden. En primer término, puertas laterales a derecha e izquierda, que conducen a las habitaciones interiores de la casa. Al fondo, puerta grande de entrada. Es una tarde húmeda, angustiosa y torturadora de los últimos días de setiembre.

ESCENA PRIMERA

DESAMPARADOS, sentada en su acostumbrado butacón, reza el rosario despaciosamente: es ciega la abuela. Al terminar el rezo se duerme; y parece como si cerrara sus ojos, un piadoso anhelo de estar para siempre dormida. LUZ, la nieta adorable, estará bordando al empezar la escena. JESÚS despide a su amigo ENRIQUE, que figura haberse ido ya por el foro.

ENRIQUE

(Que se oye fuera de la escena.) Ya sabes, que no faltes; sería una contrariedad para mí.

JESÚS

Haré lo posible.

ENRIQUE

Dime que irás. ¿Irás?

JESÚS

(Dudando un poco). Iré, sí.

ENRIQUE

Pues adiós.

JESÚS

Adiós, Enrique. (*Se dirige a la mesa de escritorio y busca unos papeles; luego se sienta y coge la pluma*. Luz *le observa*.)

LUZ

¿Buscabas algo?

JESÚS

Unas notas que dejé olvidadas el otro día y que no las encuentro ahora.

LUZ

¿Te las busco yo?

JESÚS

No, déjalo; no me urgen. *(Pausa.)* ¿Sabes a lo que ha venido Enrique?

LUZ

(*Al mismo tiempo de hundir la aguja en el bastidor.*) ¿A qué?

JESÚS

(*Con indiferencia.*) Pues a invitarme para que asista a la presentación del extranjero ese que vimos ayer tarde. Mañana, de diez a once de la noche, en el Casino de arriba; concurren todos los socios, y aunque yo no voy nunca, se han acordado de mí.

LUZ

¿Es el del monóculo?

JESÚS

Precisamente.

LUZ

Es un tipo raro.

JESÚS

Muy interesante, según dicen.

LUZ

(*Curiosa.*) ¿Y qué le traerá por aquí?

JESÚS

No sé; negocios tal vez. Cuentan de él cosas estupendas, aventuras y lances increibles.

LUZ

Siempre acompaña a los extranjeros cierta novelerìa, algo de notoriedad, no sabemos si falsa o verdadera.

JESÚS

Asì es. En nuestro paìs, y más en estos pueblos tardíos, perezosos y oscuros, el extranjero suele parecer super-humano. Se le mira con imprudente curiosidad, con interés que semeja envidia, como si, en efecto, se tratara de un ser superior a nosotros. Y no es que yo desdiga por completo esta creencia del vulgo; pero sí pienso en la desilusión de los españoles que residen fuera de España, cuando observen la falta de amor, el desinterés con que les acogen por esas tierras...

LUZ

¡Quién sabe!

JESÚS

Se sabe por los que regresan. *(Se dispone a escribir. Y ya comienza, cuando su hermanita, la muñeca que él tanto adora, le pregunta:)*

LUZ

Y qué, ¿irás tú?

JESÚS

Se lo he prometido a Enrique, y por no contrariarlo... Ya que ha tenido la bondad...

LUZ

Harás bien: no sales nunca, no vas a reuniones, no tienes amigos, no te distraes. ¡Siempre con los libros! ¡Como la prima! Leer, escribir, estar triste: esa es tu vida. Así dice mamá que vas a enfermar.

JESÚS

Os ciega el cariño que me tenéis.

LUZ

Pero comprende que no debes de vivir así. ¡Soñar! Bien está soñar, pero no tanto. Don Jacinto lleva razón.

JESÚS

(*Con sorpresa.*) ¿Y tú dices eso? ¡Tú!... (*Se levanta.*)

LUZ

Yo... ¿Por qué no?

JESÚS

Sencillamente: cuando se tienen veinte años como tú los tienes ahora, no es justo que la ilusión se despoje de sus alas. ¡Soñar! Pues si no fuera así, ¡qué acíbares no amargarían la vida!...

LUZ

No te lo niego; pero tampoco es justo que pierdas la salud un día y otro por cosas sin importancia, quebraderos de cabeza. (*Jesús no disimula su extrañeza.*) Dios no aprueba que se renuncie a vivir como tú lo haces.

JESÚS

Hermana Luz, me daña oirte. Veo que tu primavera quiere vestirse de luto; estás muy reflexiva.

LUZ

Con lo cual te disculpas; pero lo que yo quiero es que me atiendas... y atiendas también a D. Jacinto. Es un santo.

JESÚS

Don Jacinto no habla en serio casi nunca.

LUZ

No tiene que ver eso para que diga verdad. *(Jesús sonríe.)* Yo no entiendo gran cosa de esos altercados vuestros, que siempre estáis el uno contra el otro; pero conozco que lleva razón.

JESÚS

¿Pero qué hago yo para que me reprochéis? Cada uno tiene sus aficiones, sus gustos... ¿Por qué me he de privar de lo que me agrada?

LUZ

Si no es que te prives...

JESÚS

¿Entonces?... (LUZ *nota que su hermano se ha enojado un poco; delicadamente inclina la cabeza sobre el bastidor, y continúa bordando. Jesús se dirige a la puerta de la izquierda.)*

LUZ

¿Te vas? (*Abuela Desamparados se despereza y despierta.*)

JESÚS

(*Áspero*). Vuelvo. *(Vase)*.

ESCENA II

Dichos, menos Jesús.

DESAMP.

¿Qué disputáis?

LUZ

¡Ah!... ¿Dormìas?...

DESAMP.

Una cabezadita como de costumbre.

LUZ

Me pareció que rezabas aún.

DESAMP.

No, niña. ¿Habéis reñido?

LUZ

(Sonríe.) Palabras mìas que juegan a encontrarse con las suyas... Nada.

DESAMP.

Ganas que tienes de que se enoje contigo. ¡Déjalo! Ni los ruegos de tu madre, ni los consejos de Jacinto, ¡tan bueno!, ni mis súplicas consiguen nada. ¡Es asì! Pero mìrate en él porque nos quiere a todos, porque te adora a tí, porque tiene vicio de virtud.

LUZ

Es que me apena mucho su melancolía, verle tan preocupado siempre.

DESAMP.

¿No sabes que es su carácter?

LUZ

Sí que lo sé, abuelita; pero es que cada día que pasa está más huraño. Sospecho que desde la en-

fermedad de la prima se han acentuado sus rarezas.

DESAMP.

Acaso. Él sufre con los que sufren.

LUZ

No se trata de eso; es que...

DESAMP.

No te comprendo, niña.

LUZ

Jesús no quiere a la prima como nosotros la queremos, apiadándonos de ella por su desgracia. Se afana mucho por estar a su lado siempre, y la mira de una manera que parece como si estuviera enamorándola...

DESAMP.

Figuraciones tuyas serán. (*Asoma por el foro* D. JACINTO: *es un cura de unos cuarenta años, espigado, ágil, simpático, chungoncito. Trae el breviario, y viste la sotanilla y el gorro bordado de estar en casa.*)

ESCENA III

Dichos y D. Jacinto; luego Jesús y Martina.

D. JAC.

(*Entrando.*) ¡Santas y buenas!...

LUZ

¡Hola!... (*D. Jacinto le hace señas para que calle.*)

DESAMP.

¿Quién es?...

D. JAC.

(*Disimulando la voz.*) Un viajero que busca albergue en esta bendita casa.

DESAMP.

¿Viajero dice?

D. JAC.

En la vida todos lo somos.

DESAMP.

Cierto.

D. JAC.

Y hay pueblos, como éste, que no pueden negar posada al peregrino.

DESAMP.

(*A* LUZ.) Niña, ¿quién es? (*D. Jacinto sonríe.*)

LUZ

(*Sonriendo.*) Abuelita, no sé...

DESAMP.

¿Pues cómo ha entrado aquí?

D. JAC.

En el reino de Dios todas las puertas están francas.

DESAMP.

Para los buenos, sí.

D. JAC.

Para los buenos, digo. (D. JACINTO *y* LUZ *se rien.*)

LUZ

(*No pudiendo contenerse.*) ¡Es D. Jacinto!

DESAMP.

¡Ah!... ¿Eres tú?

D. JAC.

Yo soy.

DESAMP.

¡Cómo engañáis a los viejos!

D. JAC.

No tanto por viejos como por niños. (*D. Jacinto aproxima una silla al lado de* LUZ.) ¿Hay permiso?

LUZ

(*Sin mirarle apenas.*) Lo hay... para estar a mi lado quietecito.

D. JAC.

(*Sentándose.*) ¿Me dirás que perdone si te pido una cosa?

LUZ

(*En un tono agridulce.*) ¿Qué?

D. JAC.

(*Sonriente.*) Que me mires, mujer.

LUZ

Perdone por Dios, hermano.

D. JAC.

¡Huy, qué cara!...

LUZ

¡Ja, ja, ja!...

DESAMP.

¡Qué buen humor tienes!

D. JAC.

Hay que vivir. (*Enfático.*) *Primum vivere...*

DESAMP.

Sí, es tu lema. Primero vivir...

D. JAC.

¿Y qué? ¿Hago mal?

DESAMP.

¡Líbreme Dios! Lo que creo es que haces muy bien: así se alcanzan el dominio, la seguridad de ánimo que tú tienes.

D. JAC.

Ejemplos hay que imitar, Desamparados. En mi juventud era yo... ¡usted lo sabe!: un muchacho razonador, muy serio, tempranamente serio y reflexivo. (DESAMPARADOS *asiente con un movimiento de cabeza.*) ¿Se acuerda?...

DESAMP.

Ya han pasado algunos años por nosotros.

LUZ

También habrá llovido algo.

D. JAC.

Lluvia en las calles y en el corazón, que dijo un poeta. Aunque no soy tan viejo, hijita; no creas que soy un cincuentón. (*Picaresco.*) Todavía sé enamorar.

LUZ

¿En latín?

DESAMP.

¡Qué ocurrencia!

LUZ

(*Con amable ironía.*) Un don Juan galanteador escondido en la sotana de un clérigo. ¡Ja, ja, ja! Usted nació para místico. (*Se levanta y deja el bastidor sobre la silla.*) Voy a llamar a Jesús. (*Vase por la izquierda.*)

D. JAC.

¡Anda, taravillita!

DESAMP.

¡Qué chiquilla!

D. JAC.

Es un ángel. (*Pausa corta.*) Pues como digo, era yo antes un hombre ausente del que ahora soy. Y no es que los años hayan mudado mi genio, no. ¡Genio y figura! Pero recuerdo a mi padre, aquel viejecito de manos temblorosas que usted conoció, cuando me aconsejaba: «Sé bueno, pero vive. La vida no se desprecia, porque todo, ¡todo!, vale menos que ella.» Yo le insinuaba: «Está Dios.» Y él, mi padre, decía: «Dios sobre todo, hijo mío; pero entre las perfidias y dolores humanos, hay una verdad única: vivir.» Para ello, el pesimismo es una negación. ¡Alegría, alegría y temer a Dios! ¿No lo cree usted así, Desamparados?

DESAMP.

Es lo que digo yo a mi nieto, precisamente. ¡Si él te oyera!

D. JAC.

¡Si me oyera! ¿Pues no estoy siempre con él hecho un misionero? Pero no me hace caso; al contrario, se empeña en convencerme, en referirme la agonía de su alma frente a los problemas espirituales que le circundan. Es terco como él solo. (MARTINA, *la criada, asoma por el foro con una carta en la mano.*)

MART.

¡Señorito Jesús! ¿No está el señorito?

DESAMP.

¿Qué le quieres?

MART.

Una carta que ha dejado el correo.

DESAMP.

Pues vé a buscarle; estará por ahí dentro. (*Sale* MARTINA, *pero al mismo tiempo entra* JESÚS *por la izquierda.*)

JESÚS

(*A* D. JACINTO.) ¿Usted aquí?

D. JAC.

Aquí estoy. (*Llama a* MARTINA.) ¡Martina! ¡Martina!...

MART.

(*Entrando nuevamente por el foro.*) ¿Llamaban?

D. JAC.

(*Indicando a* JESÚS.) El señorito...

MART.

¡Ah! Esta carta. (*Se la entrega, y* JESÚS, *antes de abrirla, la examina con extrañeza.*)

JESÚS

¿De Cádiz?... No sé... ¿Quién me escribirá de Cádiz?

MART.

¿Mandan algo los señores?

JESÚS

Nada. (*Sale* MARTINA.)

D. JAC.

(*Levantándose.*) Algún amigo bueno que se acuerda de tí.

JESÚS

No sé... (*Abre la carta.*) ¡Es de Alvaro!

DESAMP. Y D. JAC.

¿¡De Alvaro!?

JESÚS

Sí, pero... ¿cómo es posible? (*Lée para sí.*)

DESAMP.

(*Con ansiedad.*) Lée, lée...

JESÚS

(*En voz alta y viniendo al medio de la escena.*) «Amigo Jesús: Me encuentro en Cádiz de regreso de América. No he querido deciros nada hasta poder daros la sorpresa. Salgo para esa el viernes, quince; avísalo a Sara. Te abraza, Alvaro.»

D. JAC.

¿Y qué fecha tiene la carta?

JESÚS

Fecha, catorce.

D. JAC.

Entonces, mañana llega aquí. ¡Estamos a diez y seis! Sábado.

DESAMP.

¿Y en dos días puede hacer el viaje? Cádiz estará lejos...

JESÚS

Sale el viernes... (D. JACINTO *le interrumpe.*)

D. JAC.

Esta noche, en el correo general de Andalucía, llegará a la capital, de donde saldrá de madrugada para estar aquí a estas horas.

JESÚS

¿Cuándo viene el peatón?

D. JAC.

A eso de las cinco o cinco y media todas las tardes. Hoy ha venido algo más temprano: aún no serán las cinco.

JESÚS

(*Mirando un reloj de pulsera que lleva puesto.*) Menos cuarto.

DESAMP.

Como es natural, Alvaro vendrá en cuanto llegue.

JESÚS

Hay que suponerlo.

DESAMP.

Siendo así...

JESÚS

¿Qué?

DESAMP.

La pobre Sara... hoy que está peor...

D. JAC.

¿Sigue en cama?

JESÚS

Se levantó ayer un poco; sentada en una butaca estuvo leyendo, como de costumbre; pero sin duda se sintió mal y quiso que la acostaran luego. (*Pensativo.*) Mamá no se separa un momento de ella.

DESAMP.

Cuando sepa que viene Alvaro... ¡al cabo de seis años que no se han visto!...

JESÚS

El se fué en octubre.

DESAMP.

El diez, San Francisco de Borja.

D. JAC.

¿Y qué pensáis hacer? Es preciso que lo sepa Sara; pero hay que darle la noticia con precaución. Nadie con más derecho que ella a gozar de esa alegría... ¿Quién sabe si será un bien para su dolencia, un ramalazo de vida y esperanza?

JESÚS

(*Pesimista.*) Yo no me atrevo.

DESAMP.

Se lo diré yo. (*Pausa corta.*) ¡Yo, que no he de ver cómo la rosa de su cara se ilumina!... (*Se pone de pie trabajosamente.* JESÚS *y* D. JACINTO *le ayudan a levantarse del butacón.*)

JESÚS

Haz lo que quieras.

DESAMP.

Anda, sí; dame el brazo. (JESÚS *le da el brazo.*)

D. JAC.

Yo la acompaño, Desamparados. (*Se mete el breviario en un bolsillo de la sotana. Los tres se dirigen a la puerta de la derecha.*)

JESÚS

(*En la misma puerta, a* DESAMPARADOS.) Toma la carta. (*La recoge* D. JACINTO.) Yo me quedo. (*Suelta el brazo de la abuela;* D. JACINTO *le da a ésta el suyo. Salen.*)

ESCENA IV

Jesús solo

(*Después de permanecer un momento en la puerta por donde se han entrado la abuela y el clérigo, viene lentamente al centro de la escena, en la que, a media voz, y con acento de romántica compunción, repite las palabras escritas por Alvaro en su carta, que dicen:*) «Salgo para esa el viernes, quince; avísalo a Sara.» (*Pausa.*) Alvaro no sabe nada, desconoce la tragedia, ignora que su sueño de amor tal vez no pueda realizarse nunca... (*Evocador.*) Eran dos niños cuando despertó en ellos el alma; y una simpatía mutua les acercaba. ¡Qué lejos está aquel tiempo!... Vivía mi padre... A medida que se acusaba en Sara la floración delicada que había de transformarla en mujer, Alvaro sentía encendérsele en el pecho todos los fueguecillos angustiosos y torcedores de la pasión. Yo envidié el idilio. De pronto, el mar, ganancioso de ausencias, se interpuso entre ellos: Alvaro se marchó a Buenos Aires en busca de fortuna; mi prima, esperando su regreso, se consolaba con la promesa de amor de sus cartas. Un día... (*Se le humedecen los ojos. Con pena y energía a un tiempo.*) ¿Pero qué es esto? ¿Estoy llorando? (*Entra* LUZ *diligentemente por la izquierda llamando a* JESÚS; *al verle en actitud llorosa, acude a él con solicitud.*)

ESCENA V

Jesús y Luz

LUZ

¡Jesús! (*Él se deja caer en una silla.*) ¿Qué tienes?

JESÚS

Creí que estaba solo, hermana mía; sin querer... he recordado el idilio de Sara, para llorar su desgracia ahora. No me avergüenzo de que me hayas visto; pero, déjame.

LUZ

¡Cómo he de dejarte si veo que sufres!... (*Acariciándole.*) Cuéntame... ¿Has reñido con mamá?

JESÚS

No, Luz; mamá no sabe de esta pena mía.

LUZ

¿Pues entonces?

JESÚS

Siéntate. (LUZ *se sienta a su lado.*) Te diré... Hace un momento he recibido carta de Alvaro.

LUZ

(*Sorprendida.*) ¿De Alvaro!...

JESÚS

De Álvaro, sí; está en Cádiz.

LUZ

¿Cómo es posible?... ¿Sin avisar?...

JESÚS

Sin avisar... La travesía es peligrosa y no habrá querido decirnos nada hasta su arribo a España; pero fuera ya del riesgo del mar, me escribe para que sepamos, los de esta casa, que mañana llega...

LUZ

(*Impresionada.*) ¿Y Sara?...

JESÚS

Ella es mi pena y será también la tuya; porque el pobre Alvaro vendrá anheloso de verla, ilusionado, ansiando estar cerca para tener junto a su corazón el tesoro de su vida. ¿Verdad que es un doloroso conflicto?... ¿Verdad que tengo yo razón para abrigar el temor de un desenlace funesto?

LUZ

No hay que desesperar. El será justo, comprenderá que la desgracia es irreparable y tendrá el valor de resignarse.

JESÚS

¡Resignarse!... Ese es el troquel en que se funden las más diversas pasiones. ¿Pero tú no ves que Sara es como una delicada flor tronchada por el ábrego?... Alvaro ignora que está paralítica, inútil para la vida; creerá encontrarse con la mujer sana, alegre y enamorada que él dejó antes de partir... (*Tristemente.*) ¡Ay!, se encontrará un cuerpo inservible, enfermo, débil sostén de un alma encantadora!...

LUZ

(*Con acento de convicción.*) Cuando ella le refiera su desgracia, el corazón de oro que Alvaro posée, cederá a la fuerza de amor que les une. No esperes otra cosa, Jesús: él se hará cargo de todo.

JESÚS

¡Ojalà sea así!... Pero no, no será. El amor es interesado, busca el festín, la sensual complacencia, antes que la grandeza espiritual. ¿Por qué, Dios mío?... (*A medida que habla, se va exaltan-*

do de modo que causen alarma en LUZ *los gestos desacostumbrados con que acompaña sus palabras emocionadoras.*) Yo siento por Sara una cosa inexplicable, algo que entra en mí y me inunda de alegría, de alegría que no es alegría, que es más bien tristeza... no sé... el deleite del creyente cuando le baña el aura cristiana. Su desgracia aumenta mi dilección por los desvalidos, por los débiles, por los inútiles, por todos los que no pueden cultivar el huerto de su felicidad como nosotros. ¿No te pasa a tí lo mismo?.,.

LUZ

Sì, pero... ¡calla!... ¡Por Dios!... Te excitas demasiado...

JESÚS

¿No tienen derecho a ser felices los enfermos?... ¿Es decir, los que como Sara están privados de acción, los que el mundo confía a la caridad ajena?...

LUZ

Dios vela por ellos... Y nunca falta en la vida un corazón lleno de santa piedad, de ternura que les abrigue. (*Se levanta y va hacia su hermano con amoroso afán.*) Tú es que eres un platónico enamorado de la desdicha del prójimo. Su bien debe preocuparnos; pero el propio bien también nos interesa, y tú lo olvidas. (*Pausa. Por la derecha,* DOÑA REMEDIOS, *mujer hermosa y joven todavía, a pesar de sus cuarenta y siete años, y no obstante haberse desmayado las rosas vivas de su tez. Es una figura muy esbelta, de atrayente y dolorosa expresión. Cuando habla, lo hace con una tenuidad de voz que deleita y un dejo sutil de amargura que conmueve gozosa y tristemente.*)

ESCENA VI

Dichos y Doña Remedios.

(Entrando.) Hijos... (*Los dos acuden presurosos y la interrogan con vehemencia.*)

JESÚS

¿Qué, mamá? ¿Has sabido?..

LUZ

¿La carta de Alvaro?...

D.ª REM.

Sí, ya lo sabe también vuestra prima, en la que ha producido gran efecto. Cuando mamá Desamparados y don Jacinto le daban la noticia, creyó que era broma de los dos para agradarla; pero luego leyó la carta, lacónica por cierto, y no podéis figuraros su emoción. (*A* JESÚS.*)* Ha preguntado por tí.

JESÚS

¡Es un tesoro!...

LUZ

Voy yo a su lado. *(Recoge el bastidor y lo deja sobre una silla alta junto a la pared, al lado del costurero.)*

JESÚS

Anda, sí; ve en su compañía.

D.ª REM.

Pero ten precaución; no la refieras cosas tristes.

LUZ

No, mamá. *(Sale por la derecha. Pausa.)*

ESCENA VII

Dichos, menos Luz; al final, D. Jacinto

D.ª REM.

¿Y tú qué piensas?

JESÚS

¡Qué he de pensar!

D.ª REM

¿Presientes el desdén de Alvaro?...

JESÚS

Lo presiento y lo temo.

D.ª REM.

No debimos ocultarle nada.

JESÚS

Ahora lo conocéis. Si se hubiera hecho entonces lo que yo advertí, no tendríamos esta zozobra, este disgusto; pero como yo soy el loco, el alucinado, el pesimista...

D.ª REM.

No me recrimines, hijo mío.

JESÚS

Sólo digo la verdad. Cuando Sara sufrió el ataque de parálisis, lo justo, lo correcto era escribirle a Alvaro y que lo supiera todo. El que ama, tiene derecho a conocer las mudanzas, buenas o malas, del bien que ama.

D.ª REM.

¿Por qué lo haría yo? Por no causar desilusión en él. Quise esperar hasta que los médicos dijeran su última palabra.

JESÚS

¿Y luego?...

D[a]. REM.

Luego... ¡llevas razón!... ¿A qué negártela? Puesto que todo fué inútil, no debimos ocultárselo a Alvaro. (JESÚS *va a su mesa de escritorio, permaneciendo de pie mientras* DOÑA REMEDIOS *sigue hablando.*) En busca de la salvación llevamos a Sara a Málaga, Granada, ¡a Madrid!, esperanzados a que la ciencia de los especialistas hiciera el milagro... ¡Nada!... La enfermedad no tenía remedio.

JESÚS

Había sido el rayo que hiere el arbusto más lozano de la huerta; el mal que aniquila la belleza física de una delicada criatura a la que no es imputable la mancha del pecado.

D[a]. REM.

(*Cristianamente.*) La voluntad de Dios.

JESÚS

Yo comprendo que la vejez, con los achaques propios de la edad, ya que la vida va gastada y el cuerpo torpe entra en suave y lenta agonía, pierda la agilidad y el valor físicos. Al fin y al cabo, la vida es así y no puede ser de otro modo que así; pero... ¿y la tristeza inmensa de que la juventud, el divino tesoro, se imposibilite aun para realizar el más pequeño esfuerzo?... Siempre que se cruza conmigo en la calle algún niño anormal, deforme, deficiente, me ocurre preguntar: «¿Por qué?» Y esta interrogación, clavada en mi alma, se transforma poco a poco en viril lamento. ¿No recuerdas tú

la historia de aquella muchacha coja que se llamaba *Manzana de Anís?...*

D.ª REM.

¡Pobrecita!... Una tarde nos leiste esa historia.

JESÚS

El poeta de Orthez dice que «era encantadora, pero cojita y débil».

D.ª REM.

Laura—se llamaba Laura, ¿verdad?—podía andar apoyada en un bastón y pasear bajo los incensarios azules de las lilas. Dibujaba cosas en la arena, cogía violetas, bajaba a la fuente donde estaba bebiendo agua la nevatilla. Era coja, mas se podía valer; tu prima no es eso: Sara sólo viaja, como tú, a través de un mundo engañoso: el de los libros.

JESÚS

¿Y qué ha de hacer una muchacha paralítica, dime? En el pomar, en el baile, en la confidente intimidad de las cabecitas locas, irrumpe la cascabelera alegría abrileña... Sara, mientras la ilusión de amor se realiza, mientras las amigas de su edad se divierten, medita recogidamente sobre el campo de conciencia de los filósofos y los poetas. Ella no puede andar, pero tiene un alma que camina muy deprisa. *(Viendo que su madre se ha entristecido, acude a ella. Los dos quedan en el centro de la escena.)* ¿Te impresiona el recuerdo de *Manzana de Anís?...* ¿Lloras?... (DOÑA REMEDIOS *reclina la cabeza en el hombro de* JESÚS *y solloza; él la consuela y la besa en la frente.*) Anda, mamá, no llores tú: no quiero que llores... La tristeza es conta-

giosa... (*Entra* D. JACINTO *lentamente, leyendo en voz queda, en el breviario.*)

D. JAC.

(*Alza la vista y se fija en el grupo.*) ¡Ah!... El dolor que junta dos almas en una sola.

D.ª REM.

(*Separándose de* JESÚS.) Jacinto...

D. JAC.

Remedios... (*Pausa.*) Que las lágrimas purifiquen y embriaguen, que la misericordia inspire nuestras obras; mas dejad que los acontecimientos hablen por nosotros...

JESÚS

¿Por qué dice usted eso?...

D. JAC

Porque observo que con la carta de Alvaro os habéis dado todos a ser pesimistas en esta casa.

D.ª REM.

La tristeza es más noble que la desesperación.

D. JAC.

Ni una ni otra aconseja el Señor para sofocar los conflictos humanos.

D.ª REM.

¿Entonces?...

D. JAC.

Confianza, confianza en Él. Las cosas que hayan de suceder, sucederán por ellas mismas, obedeciendo a la marcha constante del Destino. Sara ha recibido la noticia con alegría. ¿A qué, pues, presagiáis una nube desdichada en el cielo azul?... ¿Es capaz Alvaro de alentar en un amor heroico, un amor que venza al amor de la carne, que triunfe

de la torpe ceguera de los sentidos?... No lo sabemos; antes hay motivos para creer que sí, que razones para destruir la ilusionada bondad de un ensueño.

JESÚS

(*Con desaliento.*) No lo espero.

D. JAC.

Porque te has acostumbrado a soslayar los problemas humanos con aterradora falta de simpatía, pretendiendo cortar a cercén todas las posibilidades... ¡Segar!... ¡Segar!... Para tí es el mundo una gran siega de esperanzas...

TELÓN

A C T O   S E G U N D O

La misma decoración que en el anterior. Las diez de la mañana.

ESCENA PRIMERA

Aparecen SARA y MARTINA: SARA, sentada en una silla baja, a la derecha del escenario; MARTINA, la criada, terminando de hacer la limpieza en el gabinete. Nada dice que SARA sea una muchacha de veintitrés años paralítica, impedida. Algo pálida está; pero la amarillez del rostro no consigue amortiguar del todo su delicada eflorescencia. Es una de esas infrecuentes criaturas en quienes resplandece la idealidad, la belleza sentimental y todo pregona la excelencia del espíritu: la voz, los ojos, la sonrisa...

MART.

Hoy ha madrugado la señorita.

SARA

He pasado la noche intranquila, imaginando mil disparates...

MART.

¡Ay, señorita!... Como que cuando una sueña no sé qué será que se levanta una con la cabeza loca, aturdida...

SARA

Según el sueño sea. Yo no me acuerdo bien de

lo que soñé esta noche pasada; pero sí sospecho que debieron ser cosas alegres. Estoy mejor.

MART.

Gracias a Dios.

SARA

¿Verdad, Martina, que estoy mejor?...

MART.

¡Cuando la señorita lo dice!... Días atrás estaba que no se conocía. (*Maliciosa.*) Pero...

SARA

Pero, ¿qué?...

MART.

Nada, señorita... el señorito Álvaro...

SARA

Anda, tonta, ¿qué tiene que ver eso?...

MART.

¡Pues no ha de tener que ver!... Cuando mi Juan se va a trabajar a la campiña y se está por ahí los meses enteros sin ponerme una mala letra, ¡es que me pudro!... De verdad, señorita; que me pongo hecha una desgraciá... Y luego viene y en cuanto lo ven mis ojos, me pongo ya otra. Será lo que será; pero yo lozaneo cuando está aquí él.

SARA

No le pasará a él lo mismo.

MART.

Los hombres son más descastaos: una se quita la vida por ellos; pero... ¡qué va una a hacer!

SARA

Al menos, la que está sana y buena como tú lo

estás, espera ser feliz. Mañana, pasado, algún día, tu Juan y tú os casaréis, y seréis dichosos en vuestra casa, unidos contra los males, con la bendición de Dios en alivio de vuestra pobreza...

MART.

Lo único que podemos ambicionar es eso.

SARA

¿Te parece poco?...

MART,

No, señorita: los pobres no tenemos más ley que la del trabajo. ¡Trabajar, trabajar!...

SARA

Los pobres y los ricos.

MART.

Bueno; quiero decir que una se casa, si se casa, con el hombre honrao que sepa ganar el pan.

SARA

Y no sólo ganar el pan: hay algo tan necesario como él.

MART.

Sí, señorita: la voluntá; que nos quieran como nosotros los queremos. Mi Juan es bueno.

SARA

(*Con tristeza.*) ¡Que nos quieran!... ¿Crees tú que a una paralítica, a un ser inútil como yo, a una enferma incurable pueda quererla nadie?...

MART.

¡Jesús, señorita!... ¡Qué cosas dice!... Con la ayuda de Dios todos los enfermos curan. ¿No sanó la hija de Gorio, la del valle del Azor?... ¿Y la de la Pelagia, tan malica como estaba la pobre?...

¡Pues lo mismo!... ¡Dios querrá!... A la de Gorio la llevaron a Lourdes y no sanó; pero el Cristo de la Consolación, que es muy milagroso, la puso buena luego... Y ahí está, que parece que no tuvo mal ninguno, siendo la envidia de las aldeanas de Pobleda, más colorá que la fresa...

SARA

Sí, si no te lo niego, Martina: tengo esperanza todavía... Mas... ¿y si me quedara así para toda la vida?... ¡Qué triste es no poder andar!... El otro día, cuando fuimos con tía Remedios al Sotillo, ví una cabrita que daba graciosos saltos en la arena. Alvaro venía también con nosotros... Lloré... ¿Por qué la cabrita saltaba y yo no?... Si el Señor no se acuerda de mí, entraré en un asilo, seré monja, si me quieren, y ya que otra cosa no pueda hacer, rezaré por los que sufren...

MART.

No lo consentirá el señorito Alvaro... ¡Tan guapo!... ¡Y tanto como quiere a la señorita!... (DOÑA REMEDIOS *entra por la izquierda.*)

D.ª REM.

(*A* MARTINA.) ¡Pero, mujer, aún estás así?... ¡Que dieron las diez!...

MART.

Señora, ya termino.

D.ª REM.

¡Anda, anda!... Con vosotras es perder la paciencia.

SARA

Tía, no le riñas: he tenido yo la culpa.

D.ª REM

Es que pronto vendrá Alvaro; y tus primos, que se fueron muy tempranito a la huerta, no tardarán.

MART.

¡Ea!... Ya está.

D.ª REM.

Vete a los dormitorios. (*Sale* MARTINA.)

ESCENA II

Doña Remedios y Sara; después, Álvaro.

SARA

¿No se ha levantado aún la abuelita?

Dª. REM.

Sí, niña; pero se ha quedado en el oratorio. Ya sabes que su primer cuidado, antes de salir aquí, es rezar. Por cierto que esta mañana me ha pedido el rosario grande de nácar.

SARA

Una rareza. (*Señalando hacia el armario donde* JESÚS *tiene sus libros.*) ¿Está la llave puesta?

Dª. REM.

¿Qué quieres?

SARA

¿A ver?... Quizá esté ahí en la mesa: es un libro pequeño.

D.ª REM.

¿Ya vas a leer? ¡Déjate! Las novelas te van a volver loca. ¡Todo el santo día leyendo!...

SARA

(*Con mimo.*) Mujer... no tengo otra distracción.

D.ª REM.

(*Le da un libro que coge de la mesa de escritorio.*) Toma.

SARA

(*Satisfecha.*) Este es. (*Lo abre por donde indica un trocito de papel blanco. Entra* ALVARO *por el foro. Un tipo afectado, necio, de maneras cursis*

y estudiadas. Habla con frialdad, gangosamente, con despego, como si le contrariara lo que le rodea. Representa unos veinticinco años, o poco más. Desde el primer momento deberá hacerse antipático.)

D.ª REM.

(*Viendo entrar a* ALVARO.) ¿Lo ves?... ¿No te lo decía?... Aquí lo tienes.

ALVARO

Aquí estoy, Sara. Buenos días.

SARA

(*Cierra el libro.*) ¡Hola! Buenos días.

D.ª REM.

Mira, me alegro que vengas, porque esta criatura es incorregible. (SARA *sonríe.*)

SARA

Tía, ¿qué voy a hacer?... Leyendo, me distraigo.

ALVARO

Es verdad.

D.ª REM.

Bueno; ahí os quedáis. (*Se dirige a la puerta de la derecha, por donde sale.*)

SARA

¡Pero tía!...

D.ª REM.

Ya vuelvo; voy ahora a ver lo que hace la muchacha. (*A* ALVARO, *por* SARA.) Corrígele tú esas manías.

ESCENA III

Sara y Alvaro.

ALVARO

(*Deja el sombrero sobre la mesa y aproxima una silla al lado de* SARA.) ¿Qué leías?...

SARA

(*Le entrega el libro.*) Es una novelita encantadora, obra de un poeta: Francis Jammes.

ALVARO

¿Historia de amor?

SARA

Y de sacrificio.

ALVARO

(*Lée en voz alta en la página indicada por el registro de papel.* SARA *le observa atentamente.*) «Manzana piensa. Piensa que si no fuese coja, Juan la pediría tal vez en matrimonio. Hubiera estado tan bien. A dos pasos los unos de los otros... Juan es muy simpático a tío Tom y a mamá... Juan se casará joven... El lo ha dicho... Su padre, de mucha edad, ya no puede ocuparse de las tierras de Arnústegui... Será, pues, necesario que Juan le sustituya muy pronto... Además, no es desagradable al joven la perspectiva de esa existencia clara que comienza a punto de alba con los gritos de los lebreles y acaba a la hora en que los corazones de bronce, suspendidos en los collares de los animales, dejan de sonar. Pero es imposible que Juan le tenga nunca amor, puesto que es coja. Coja. Es coja.» (*Mira en los ojos a* SARA *con extrañeza.*) Sara... No te mortifiques leyendo estas cosas...

SARA

Sigue, sigue...

ALVARO

¿Para qué?

SARA

Sigue, Alvaro... ¡Es muy bonito!...

ALVARO

Creo, por el contrario, que es bastante desagradable.

SARA

Doloroso, pero el dolor tiene también sus encantos. Sobre todo, porque con él llega un suavísimo consuelo a las almas de los tristes... Sigue, Alvaro... Por favor...

ALVARO

(*Con cierto desagrado.*) Es una extraña paradoja... Mas ya que te empeñas... (*Lée otra vez.*) «Dios mío, libradme, piensa... Señor, habéis curado a los paralíticos, habéis devuelto la vista a los ciegos, habéis resucitado a Lázaro, hermano de Magdalena... Magdalena derramaba sobre vuestros pies sus cabellos perfumados que inundaba de lágrimas... Dios mío, vos obráis tales milagros en el rincón de los hogares oscuros, porque amáis a los pobres... Dios mío, quizá nosotros no somos bastante pobres... Dios mío, quizá si la Virgen no me ha curado es porque no he nacido en un pesebre miserable y porque no he estado expuesta toda desnuda, sin tener para calentarme más que el aliento misterioso del buey y del asno. Dios mío, os ofrezco mi corazón en mis manos juntas... Venderé, para repartir su valor a los pobres, el zafiro que me regaló tía Virginia. Soy vuestra sierva. Quisiera

poder arrodillarme ante vos, como sobre la sombra azul de las losas se arrodillaba sor Magdalena des Arbailles, que era como un pavo real muy grande...» (SARA *llora.*) ¿Ves? ¡Ya has conseguido tu propósito! ¡Ya estás llorando! Tu tía tiene mucha razón... Eres incorregible... ¡Como si no tuviéramos contrariedades!...

SARA

Por ellas sufro y ellas me hacen llorar; y porque la desventura de la pobre Laura de Anís, es como la angustia que a mí me atosiga. Yo también, Señor, os pido misericordia... ¡Señor, compadecedme, libradme de este mal, permitid que mi sueño se realice!...

ALVARO

¡Vaya, límpiate esas lágrimas!... No seas tonta... La vida encierra desagradables accidentes; pero no debemos ser pesimistas. Ni mucho menos acudir a la fantasía calenturienta de un poeta, para hacer nuestra situación más dolorosa y sangrienta. Tu desgracia nos hiere a todos, es cierto, y sin embargo, ¡cuántas personas hay que en tu caso tendrían mayor razón para quejarse!... A ti no te falta nada en el orden material; en el moral, tienes a tía Remedios, con su dulzura; a madre Desamparados, con su bondad; a Luz, cuyo nombre, símbolo es de la claridad que irradia su alma. Tienes, además, la ayuda que, con su resignación, presta a todos don Jacinto. Y no te falta, en fin, el apoyo discreto y viril de Jesús...

SARA

Sí, pero tú...

ALVARO

(*Sin querer comprender.*) ¿Yo?... ¿Pues no me tienes aquí?... ¿No sabes que soy uno de tantos?...

SARA

(*Condolida.*) ¡Oh!... Perdóname, Alvaro... Desde que te fuiste... ¡han pasado tantas cosas!.. ¡Es tan cruel la verdad que pesa sobre mi vida!... Te habrán referido la tragedia... Cuando viniste, tú no pensarías encontrarme así; me supondrías más ágil y fuerte que nunca... ¡Agil!... Y me tienen que llevar en un cochecito por la calle!... Nada te dijimos... ¿Comprendes ahora por qué no pude correr a tu encuentro y abrazarte cuando tus brazos se abrieron para recibirme?...

ALVARO

(*Impresionado.*) Lo comprendo...

SARA

¡Entonces!... Ven, acércate más... (ALVARO *se acerca.*) Ya sabes que me crié sin padres, y mis tíos me recogieron en su casa. ¿Te acuerdas cómo nos conocimos?... Corría yo a sorprender una rubeta oculta en una zarza. Mi prima Luz corría conmigo y delante iba *Hamlet*, el lebrel que se nos murió... Caí en una genciana azul próxima al ribazo donde la rubeta sonaba... Oyóse un disparo al mismo tiempo, yo me asusté, mi prima dió un grito y apareció a mi lado, tendiéndome sus manos para levantarme, un joven cazador... ¡Eras tú! Tú, que me brindaste amor, que hiciste que mi corazón... despertara de su inocente adormecimiento

ALVARO

(*Con muestras de enojo.*) Sara, ¡por Dios! Es-

tás muy pálida... Sé lo que vas a referirme... ¡Cállate!... No me digas nada... ¿Ves si no leyeras tonterías?... (*Se levanta y deja el libro en la mesa.*)

SARA

¡Alvaro, Alvaro!... (*Vuelve* ALVARO *al lado de ella, pero se queda de pie.*) ¿No te sientas? ¿Te enoja oirme? (*Levanta sus manos para coger las de* ALVARO.) ¡Díme que me amas! (*Con arrebato.*) ¡¡Dímelo!!...

ALVARO

(*Sentándose.*) ¿Pero te has vuelto loca?... ¿A qué me lo preguntas?... ¿No te lo dicen mis obras?... Pruebas te doy de no haberte olvidado, a pesar de la lejanía que nos separaba... Yo tampoco tengo ya calor en el terruño: nadie me espera; no tengo padres, ni hermanos... ¡¡nadie!!... Fuí a buscar la pepita de oro al otro lado del mar, porque ambicionaba salir de aquí, romper la inacción de mi pueblo, viajar, ver, andar...

SARA

¡Andar!...

ALVARO

La suerte ha sido propicia conmigo. He llegado a reunir un capital en pequeñas fincas y a sostener en América un negocio que me produce para vivir con la riqueza que yo soñaba para tí... En los seis años de ausencia, no han dejado de cruzarse nuestras cartas y en todas habrás adivinado el ansia de amor que me conmovía... Pensé venir, ya que mi corazón te buscaba para llevarte...

SARA

¡Llévame!... ¡Llévame!... ¡Te lo pido por Dios!...

ALVARO

¡Ah!... Una verdad a tiempo hubiera evitado...

SARA

¡Mi Alvaro!... ¡¡Mío, mío!!...

ALVARO

(*Se levanta nuevamente.*) Sara... ¿a qué engañarnos?... Yo he sufrido mucho en estos días, desde que llegué... ¡Paralítica!... Es decir... ¡impedida para todo!...

SARA

(*Vivamente.*) Para todo, no: queda en mí el sagrario de mi alma. Yo seré tu hermana, tu confidente, tu compañera... Con el pensamiento te seguiré en los viajes... Quiero vivir a tu lado, en un rincón, si es preciso, pero contigo... Compadécete, Alvaro... (*Llora*). Dios mío, ¿por qué seré yo tan desgraciada?... (*Oculta la caıa entre las manos.*)

ALVARO

(*Persuasivo.*) Calma, pobre mía... Eso ha de llegar... ¡Qué duda cabe! Y no en un rincón, sino a mi lado has de estar siempre... Pero ahora... como comprenderás, no es posible llevar a cabo tan poética ilusión. Tu estado haría temerario el viaje. Hay, pues, que resignarse. Esperar aún... Tu mal no ha de durar, Dios no querrá: eres casi una niña, y las energías de la juventud se sobrepondrán, al fin, a la enfermedad... Entonces no habrá ya obstáculo. Yo volveré... No puedo precisarte la fecha; pero seguramente que a mi vuelta te encontraré tan bella y fuerte como lo has sido siempre. Y en tales circunstancias, ¿qué se opondrá á la realización de nuestro anhelo?...

SARA

¡Ay, Alvaro!... ¡A qué fría nieve se ha reducido tu apasionado fuego de otras veces!... (*Llorosa.*) ¡Oh, Dios mío!...

ALVARO

¡Vamos!... No seas así... Yo en nada he cambiado... Son razones poderosas las que mandan fijar en la vida nuestro criterio...

SARA

¡Ah, no!... ¡Demasiado te comprendo! En ti, sólo la desilusión es ya la que habla... el hastío... la indiferencia...

ALVARO

(*Molesto.*) Tus palabras me ofenden, Sara...

SARA

¡Dios mío! (*Llora amargamente.*)

ALVARO

(*Acude a* SARA, *aparentando emoción.*) ¿Otra vez el llanto?... ¡Ten valor! ¡Sara, Sara!... ¡Bah!... (*Con inquietud, pasea por la estancia. En el silencio, sólo se oye sollozar a* SARA.)

ESCENA IV

Dichos y Desamparados.

DESAMP.

(*Asoma por la derecha tanteando las paredes, asegurando el paso, extendiendo las manos temblorosas en el vacío.*) Niña... Luz... (*Pausa.*) ¡Luz!... ¿Quién llora?... ¡Jesús!... ¡Sara!...

SARA

(*Vuelve la cabeza y ve cómo entra la abuela venerable. Al mismo tiempo,* ALVARO *da el brazo a* DESAMPARADOS.) Abuelita...

DESAMP.

Hija... ¿Eres tú la que lloras?... ¿Está aquí Alvaro?...

ALVARO

Yo soy, Desamparados. (*La deja sentada en un butacón.*)

DESAMP.

¡Ah!... ¿No había nadie con vosotros?...

SARA

Tía Remedios se ha entrado hace un momento; Jesús y Luz no han vuelto todavía.

DESAMP.

No me dices por qué llorabas.

ALVARO

Nada, no es nada. Como se pone a leer historias tontas, fantasías de desocupado... ¡claro!, se impresiona...

DESAMP.

¡Quién pudiera leer!

ALVARO

¡Eso falta, que la estimule usted!...

DESAMP.

Es que la pobre distrae su imaginación leyendo novelas. ¡Así no se aburre!... Y que según se vive, así se piensa. Ella, como no la entretienen las necesidades caseras, pues se pasa el día con sus buenos amigos los libros; y entre éstos y el bordar y hacer trapitos y encajes... Sobre todo, tú...

ALVARO

¿Yo?...

DESAMP.

Tú, tú... ¡Anda, vanidosillo!... ¿Quieres que te regale el oido?...

SARA

Mamá, ¡chitón!...

DESAMP.

¡Tonta!... ¿Qué podré decirle que él no sepa ya?... ¡Cosas de novios! (SARA *hace un gesto de amargura.*) Cuando tu abuelo, que en gloria esté, me hablaba a mí... (*Aparecen por el foro* JESÚS, LUZ *y la «señá»* PROVIDENCIA. *Esta es un basilisco: pequeña, rechoncha, colorada, con el hablar basto y las ocurrencias peregrinas.*)

ESCENA V

Dichos y la «señá» Providencia; Jesús y Luz

PROV.

(*Que ha oido las últimas palabras de* DESAMPARADOS) Era en tiempo de Fernando sétimo, cuando dicen que el rey gastaba paletó. ¡Ja, ja, ja!... Mujer de Dios, ¿está usted recordando ahora los primores del pobre D. Baldomero?...

DESAMP.

¡Ay!, ¿eres tú?

PROV.

Providencia.

DESAMP.

Te he conocido la voz.

PROV.

Y la intención... ¡Ja, ja, ja!... ¡Hola, Sara!... (*Mirando a* ALVARO.) ¡Buenos días!...

ALVARO

(*Inclina la cabeza, saludando.*) Señora...

SARA

(*Con alegría momentánea.*) ¡Por fin!... (LUZ *viene al lado de* SARA, *a la que besa.* JESÚS *se dirige á su mesa de escritorio;* ALVARO *afecta disgusto.*)

PROV.

Hija, todos los días queriendo venir. Pero las niñas están atareadísimas... El manto de la Virgen se lo lleva todo... ¡Como que tengo más deseos de que lo acaben!... ¡Dichoso manto!...

SARA

¿Pues no lo habían terminado?... Estará precioso...

LUZ

Un primor... ¿Pero no se sienta usted?... (*Se va por la derecha*).

PROV.

¡Ca!... Me voy...

SARA

¿Tan pronto?... ¡Jesús, hija!...

DESAMP.

¡Buenos días y con Dios!...

PROV.

Me encontré a tus primos, Sarita, y no he querido pasar sin llegar a verte.

SARA

Gracias... ¡Siempre tan cumplida!...

PROV.

Vendremos sin prisas otro día... Vendrán las niñas... Es que esta mañana esperamos en casa la visita de las de Madrigal : la menor se casa con el hijo de Dionisio, el secretario... ¡Un pobre diablo!...

JESÚS

(*Interviniendo por puro formulismo.*) No he presentado a usted a mi amigo Alvaro, *El Indiano*, como le llaman ya en el pueblo. (*Á* ALVARO). Providencia Rodríguez.(*Las reverencias y saludos de cortesía.*)

ALVARO

(*Con afectación.*) En los pueblos pequeños son muy amigos de poner motes a todo el mundo.

PROV.

Ya ve usted: a mí me dicen por mal nombre *El figurín del cólera*... ¿Y sabe usted por lo que es?... ¡Pues porque visto a la antigua!...

ALVARO

Sí, sí...

DESAMP.

¡Qué cosas tienes!...

PROV.

Hablo lo que es verdad, Desamparados. (*A* ALVARO.) Mis hijas también tienen sus motes respectivos... sí, si señor... A Nati le llaman *La Rabanito* (*Sonríen* ALVARO *y* JESÚS) No es alta...

SARA

Pero no es tampoco...

PROV.

Es lo que digo yo... Pues a Rosita no hace mucho que la bautizó el sinvergüenza de Pablo, su novio, ¡el que fué su novio!, con un remoquete tonto: *El último piropo*... ¿Eh?... ¡¡Muy gracioso!!... ¡Valiente sinvergüenza!... (*Ríen todos. Entran* DOÑA REMEDIOS *y* LUZ *por la derecha.*)

ESCENA VI

Dichos y Doña Remedios.

D.ª REM.

(*Se dirige a* PROVIDENCIA.) ¡Tanto bueno!...

PROV.

¡Hola!... ¿Cómo va?... (LUZ *y* SARA *conversan en voz baja; lo mismo hacen* ALVARO *y* JESÚS.) ¿Regular nada más?...

D.ª REM

Precisamente.

PROV.

¿Hay novedades?...

D.ª REM.

Lo de siempre, Providencia. La vida es la misma.

PROV.

Bueno, me marcho ya.

D.ª REM.

¿Por qué?... ¿Qué prisa es esa?...

PROV.

He estado un ratito; ahora, a casa. Adiós, Alvarito; usted lo pase bien.

ALVARO

(*Indiferente.*) Servidor de usted... (*Todos se despiden en la forma conveniente.* PROVIDENCIA *le dice a* SARA *algunas palabras al oido.* LUZ *y* DOÑA REMEDIOS *acompañan hasta el foro a la visita.*)

PROV.

(*Ya en la puerta.*) Desamparados, que deje usted descansar al pobre D. Baldomero.

DESAMP.

Adiós...

PROV.

¡Ja, ja, ja! Y tú, Sarita, ya sabes, hija; y que Alvarito me perdone: los novios... (*hace un mohín burlesco*) tú ya me entiendes... (*Sale.*)

ESCENA VII

Dichos, menos la «señá» Providencia.

JESÚS

(*Por* PROVIDENCIA.) ¡Pobre señora!... ¡Y nada menos que la alcaldesa de Aldeamansa!...

ALVARO

Sí que es un poco impertinente la tal Providencia.

JESÚS

(*Disculpando.*) Rusticidades de pueblerina.

ALVARO

En fin, me voy yo también.

LUZ

¿Ya?...

ALVARO

Tengo que resolver un asuntillo de alguna importancia para mí, y quiero, sobre todo, dejar listas varias cosas antes de regresar a Buenos Aires.

D.ª REM.

¿Pero acaso piensas irte?...

ALVARO

(*Con sequedad.*) No tardaré. (JESÚS *observa a su prima.*) No puedo retrasar el viaje; tengo allí mi negocio en manos ajenas. Con que hasta después. (SARA, *desde su sitial, esfuérzase por mirar a* ALVARO; *éste se despide y marcha sin cuidarse apenas de ella.*)

ESCENA VIII

Dichos, menos Alvaro.

D.ª REM.

(*A* SARA.) ¿Te has enojado con él?

SARA

No, tía. (JESÚS *abre el libro en el que leyó* ALVARO *en la escena tercera. Distraídamente lée y lo cierra.*)

D.ª REM.

Alvaro parece contrariado; es poco expresivo, manifiesta un disgusto infrecuente en sus anteriores arrebatos... No sé... (*A* JESÚS.) ¿Qué dices tú?

JESÚS

Madre, yo no digo nada, no puedo decir nada. De decir, diría que Alvaro no es aquel ingenuo amigo, aquel chicuelo irreflexivo y alborotador que nosotros conocimos. Ahora es un afortunado comerciante americano, a quien la veleidad caprichosa, el azar, el destino, ponen en el trance de no seguir el cauce de las primeras pasiones. Eso es lo que digo.

DESAMP.

Ya dices bastante.

JESÚS

No quisiera engañarme. Alvaro es un hijo del siglo, un enamorado vulgar sin vislumbre de heróico misticismo, incapaz de llevar a la exaltación aquella célebre frase que dice: «Para compartir el dolor, basta ser un hombre.» Yo no le condeno, sin embargo. Razones tendrá para mostrarse como se muestra. Lo que sí digo es que cada vez se aprieta

más mi corazón contra la infelicidad, contra la humilde dicha, y a medida que execro la falta de espiritualidad en las cosas humanas, estoy aprendiendo a odiar a los que en la vida son inútiles para sacrificarse... (SARA *llora.*) No, eso no, ¡nunca!

D.ª REM.

No vale la pena que tú llores.

LUZ

¡Déjate, déjate! A ver, mamá: que venga Martina y entre las dos bajaremos a Sara a *Los Arriates.* ¡Tonta, no eches más lágrimas!... ¡Mírame!... El otro día... anteayer, me trajo don Jacinto de *El Enebral* unas palomas lindísimas, blancas... Anda, verás qué primor... a tí que te gustan tanto...

SARA

No puedo, Luz. Me encuentro mal... ¡Ay, qué buena eres!... ¡Qué buenos sóis!... Si no fuera por vosotros que me dáis consuelo... ¡Dios mío, qué sería de mí?... ¿Qué sería de esta pobre criatura sin vuestro amparo?...

D.ª REM.

No pienses tú en eso: es nuestro deber.

SARA

El deber tiene sus límites, tía Remedios, y cede casi siempre en el mismo umbral de la caridad. Por caridad hacemos muchas cosas que el deber no impone. ¡Virgen mía, Madre de Dios, ¿por qué, teniendo limpia de pecado mi conciencia, soy tan desgraciada?... Alvaro no me quiere... no me quiere... huye de mí como si yo fuera su mortificación. «¡Paralítica!», me ha dicho con voz de misericordia, y en la extraña indecisión con que me hablaba, he sorprendido su hastío, el propósito de no hacer ca-

so de mí para su vida... Y yo me pregunto: «¿Por qué?»... ¿Qué culpa tengo yo de no poder andar, de no servir para nada, de ser un estorbo?... Estoy impedida, sí; pero mi alma está sana, y prueba de que anda, es que siempre va de viaje... Es un alma viajera, un alma inquieta y andariega que remonta por las mismas nubes, que me salva de la humillación a que vengo sometida; porque mientras el cuerpo se está sentado, hecho un tonto, el alma se pierde en la lejanía... ¡Ay, no puedo levantarme!... (*Intenta levantarse.*) Jesús... corazón de oro... ayúdame tú... llévame a mi cuarto... parece que voy a tener fiebre... (*Todos acuden a ella*; JESÚS *la toma en sus brazos con apasionamiento y la lleva por la puerta de la derecha.* LUZ *y* DOÑA REMEDIOS *les siguen. Hay una ancha pausa de cauce antes de comenzar la escena siguiente.*)

ESCENA IX

Desamparados sola.

DESAMP.

(*La abuela, vacilando un momento, se levanta del butacón y atraviesa la escena lentamente sin pronunciar una palabra. Cuando desaparece por la derecha también, entra* DON JACINTO *por el foro.*)

ESCENA X

Don Jacinto y Jesús.

D. JAC.

¡Diantre!... ¡Nadie!... ¡Ah, de la casa!... ¿Dónde estará la familia?... Un hombre, que puede ser otro lo mismo que he sido yo, que se mete por las puertas de una casa de cristianos, sin que nadie le salga al encuentro... Ya podían robar si lo supiera cierta gente... (*Examinándolo todo con saludable confianza.*) Pues señor, aquí debe de haber ocurrido algo... (*En voz alta.*) ¡Jesús!... ¡Luz!...

JESÚS

(*Entrando por donde salió.*) Don Jacinto...

D. JAC.

Cara de contratiempo traes. ¿Hay novedades?...

JESÚS

Hay... que acabamos de entrar a mi prima a sus habitaciones. Se ha indispuesto, ya que estaba tan mejorada... ¡La fiebre otra vez!...

D. JAC.

Achaque de amor que languidece...

JESÚS

¡Ah, si la hubiera usted oido hace un instante!..,

D. JAC.

¿A quién?...

JESÚS

A Sara...

D. JAC.

Habrá dicho cosas dignas de su desgracia y de su talento...

JESÚS

Lo inevitable, don Jacinto, lo inevitable... Lo que yo preveía antes de que Alvaro llegara. Acaso tenga ahora justificación mi pesimismo. Usted siempre ha censurado mi rebeldía para someterme a la realidad... «Es un iluso; no sabe vivir.» ¿Por qué no sé vivir?... Porque no voy con la corriente, porque soy un cantón en el que se estrellan la imbecilidad, la injusticia, la mentira... Yo no me he explicado todavía por qué el sentimiento delicado de la vida desaparece entre ruindades y miserias; por qué los ojos de Dios, que todo lo ven, no se llenan de misericordia por los caídos, los irresponsables, los buenos; por qué el amor, que es el contrato de unión entre dos almas que se contemplan, vulnera su ley y se convierte en vil pacto de intereses... ¡Ah, D. Jacinto! *(Bajando la voz.)* Quiero revelarle un secreto que moriría conmigo si no fuera porque usted me inspira confianza... Es un secreto que puede salvarnos... (*Mira a todos lados, procurando asegurarse de que nadie le oye y se acerca más a* D. JACINTO.) Amo á Sara...

D. JAC.

(*Sorprendido.*) ¡Jesús!...

JESÚS

¡Por Dios!... Sea usted mi confesor... *Confiteor...*

D. JAC.

(*En actitud beatífica, paternal.*) Ya te escucho... Habla... (*Se sienta.*)

JESÚS

(*Pausa.*) Estoy en las cercanías de los treinta años y a ninguna mujer he querido en tanto tiempo. Alguna vez hube de jugar con fuego, cuando no se

tiene más razón de amor que los pocos años; pero no puedo decir que amé. Usted conoce toda nuestra vida... la de Sara... su orfandad, su mal; conoce usted la falta de mi padre... la amargura de esta casa... ¡todo! Yo nunca puse en Sara mis ojos, nunca la dije una sola palabra que pudiera dejarla entrever mi anhelo... Alvaro se alejó; yo me reconcentré en mí, en mis libros, en mis reflexiones, en el campo de conciencia de mi espíritu... Mi prima vino a vivir con nosotros, como usted sabe, cuando faltaron mis tíos... Luego... la tragedia... el ir un día de paseo con mi madre y mi hermana, y regresar a casa enferma, herida de muerte, con las piernas inservibles... En mi corazón he abrigado las confidencias suyas, la simpatía de sus palabras y de su voz, la verdad única de que su mal no tiene medicina... Siempre que han reprochado mis *rarezas*, ella ha sabido excusarme sutilizando mis actos y mis emociones. Si había de casar con Alvaro, mi pensamiento inquieto la seguiría a través de su vida... Y así, en fuerza de quererla por su infelicidad, por su inutilidad, por su esterilidad, he llegado a quererla por ella misma, por el rubor de sus ojos y el arrebato de amor de sus ilusiones...

D. JAC.

Eso, Jesús, es santidad, idealismo; pero no es amor para vivir. Tú la quieres porque la compadeces, porque quererla es caridad, porque, en una palabra, te da lástima de ella...

JESÚS

¡No, no!... También la quiero porque entre todas las mujeres es la mía... ¡Mía!... Es decir, la que yo he buscado para que aliente en mi espíritu, para

que acalle mis indignaciones, para que luzca en el erial de mi vida...

D. JAC.

Eres un enamorado de lo imposible. ¿Y decías que tu secreto podía salvaros?...

JESÚS

No quiero que diga usted nada... ¡Ni ella sabe que la amo!... ¡Acaso no lo sepa nunca!...

D. JAC.

¿Qué persigues entonces?...

JESÚS

¡Qué sé yo!... Don Jacinto, su consejo; ahora me hace falta más que nunca su consejo...

D. JAC.

Yo no puedo aconsejarte una locura, la insensatez de que entregues tu vida a la esterilidad...

JESÚS

Viviré con Sara, sacrificándome; que el verdadero amor no celebra orgías... ¡La quiero, la quiero!... La quiero como se quiere un ideal que no puede conseguirse... En mi compañía, ella será la que me desate de la cuerda de galeotes, la que dé tregua con el remanso de sus ojos a esta especie de anarquismo sentimental que me devora...

D. JAC.

¿Y Alvaro?... Estás ciego y no ves el abismo que hay delante de tus ojos...

JESÚS

¡Alvaro, Alvaro!.., (*Con un gesto de odio.*) ¡¡Miserable!!... Desde que vino de América, le aborrezco. Antes lo defendí, era justo que supiera lo que

pasaba; además, él era un muchacho bueno, limpio de corazón... ¡Pero ahora!... Lleva el amor de mi prima con mentiras... ¿Qué culpa tiene ella de estar paralítica?... ¿Es que a los débiles, a los impedidos no los quiere nadie?...

D. JAC.

No comprendo tu afán: tienes amor de amar, pero sin saber lo que amas. Quieres a Sara, y, sin embargo, desearías que Alvaro la quisiera... ¡Loco, loco!... ¡Estás loco!... Voy a ver a tu familia. (*Va hacia la puerta de la derecha.*)

JESÚS

Silencio, D. Jacinto; se lo ruego...

D. JAC.

No tengas cuidado. (*Sale.*)

ESCENA XI

Jesús sólo.

(*Un instante reflexiona y se dirige a la puerta de la izquierda; ya en ella, antes de salir, exclama con gran resolución:*) ¡El no la ama!... ¡Tendré valor!... (*Sale.*)

ESCENA ÚLTIMA

Sara, Luz, Doña Remedios, Don Jacinto, Desamparados y Martina; después, Alvaro y Jesús. Sobre las manos entrelazadas de Luz y Doña Remedios, viene sentada Sara. En el jazmín amarillo de su cara se nota desaliento, melancolía... Entran seguidamente Desamparados y Martina del brazo; detrás, Don Jacinto.

D.ª REM.

(*Sentando a Sara en la misma silla que antes ocupó.*) ¡Ajajá!... ¿O estás mejor en una butaca?...

SARA

Aquí estoy bien... Tengo fiebre, tía Remedios... Me muero... Luz, siéntate a mi lado... no me dejéis... ¿Y Jesús?... ¿Dónde está?... Decidle que venga... ¡Ay, qué angustia!... ¿No ha vuelto Alvaro?... (*Desamparados torna a su asiento de costumbre y* MARTINA *queda en el vano de la puerta.* D. JACINTO, *detrás de* SARA, D.ª REMEDIOS *y* LUZ.)

D.ª REM.

¡Cálmate!... ¡Tranquilízate, hija mía!... Estamos todos contigo... D. Jacinto también está aquí...

SARA

Allá dentro me ahogaba... ¡Si yo tuviera las piernas buenas!... D. Jacinto, ¿verdad que no es pecado amar mucho, aunque no seamos correspondidos?...

D. JAC.

No, hija; no es pecado.

«*Todo en nuestro rededor*

con su augusta majestad
dice amor, dice dolor...»

SARA

¡Ay!, ¿para qué viviré yo?... ¡Si parece mentira que digamos a veces que la vida es corta!... ¡Cuántas horas inutilizadas!... ¿De qué me han servido, qué he hecho durante mis veintitrés años?... Los cumpliré en noviembre, cuando la tierra se cuaja de crisantemos... ¿No, tía Remedios? Es decir, no los cumpliré, me moriré antes...

LUZ

Tonta, tonta... (*La besa.*) ¿No te asusta pensar en eso?...

SARA

No, prima. ¿No ves que nadie me quiere?... ¿Qué hago yo en el mundo?... Ser un estorbo... La vida es un camino por el que vamos de la mano de Dios y Dios a mí me ha dejado... Envidio esas existencias activas, útiles a la Humanidad, que el día que llegan a faltar, todos lamentan su pérdida... ¡Pero yo!... ¡Hasta el amor, lo único a que parecía tener derecho, se va de mi lado!... ¡Huye!... (*Entra por el foro* ALVARO. *Al encontrarse con el grupo doloroso, se sorprende.*)

ALVARO

¿Eh?... ¡Sara!... ¿Qué es esto?... (*Todos se emocionan visiblemente.*)

SARA

(*Con desaliento.*) Nada... Una enferma que se despide...

ALVARO

(*Acercándose bien a ella hasta mirarle la cara.*)

¿Qué tienes?... (*Le toma las manos.*)

SARA

Voy a ver si en el cielo hay algún ángel que me quiera, ya que los ojos que me miraban con amor otras veces, se separan ahora de mí para no verme... ¡Me muero, Alvaro!.. He visto ya pasar por tu corazòn el cadáver de una ilusión que amé...

ALVARO

(*Con frialdad solamente entibiada por la compasión.*) No, Sara... Lo que importa es ocuparse de tu salud... Por lo demás... tú lo sabes: ¡te amo más que nunca!...

JESÚS

(*Entrando por la izquierda y deteniéndose en la misma puerta.*) ¡Mientes!... (ALVARO *suelta las manos de* SARA *y mira muy sorprendido a* JESÚS. D. JACINTO *se interpone entre los dos.*) ¡Y eres un cobarde!... (*Este es un momento de trágico brío y el actor deberá expresar con el gesto lo que las palabras no dicen.*)

Dª. REM. y LUZ

¡¡Jesús!!...

SARA

¡Dios mío!...

ALVARO

(*Sin salir de su asombro.*) ¿Pero... qué es ésto?... (*A* JESÚS.) ¡Me ofendes?...

D. JAC.

Yo hablaré por vosotros... ¡Quietos todos! (*A* ALVARO.) ¡Márchate, Alvaro!... Márchate y no vengas a perturbar el sosiego de un alma candorosa.

JESÚS

Tú la matas, pero la salvo yo. (*Adelanta hacia* SARA *y se pone a su lado.*)

ALVARO

(*Lívido.*) ¿Pero es que la quieres?...

JESÚS

¿No he de quererla?... ¡Más que tú!...

D.ª REM.

¡Jesús... Alvaro... Dios mío!... (MARTINA *se acerca á* DESAMPARADOS, *que se ha puesto de pie.*)

D. JAC.

Sunt lachrimae rerum...

ALVARO

Sin duda has perdido el juicio...

JESÚS

(*Con altivez de pensamiento y de corazón.*) Confiesa que la quieres (*indica a* SARA), que te casarás con ella... ¡Confiésalo!... ¡Un ministro del Señor te oye!... (*Señala a* D. JACINTO.) ¡Es la prueba!... (ALVARO *vacila, inclina la cabeza y retrocede mudo.* JESÚS, *al verle en semejante actitud, exclama indicando a* ALVARO *la puerta del foro.*) ¡Sí, vete!... El hombre que no es capaz de sacrificarse por amor, sólo merece compasión... ¡Vete!... (SARA, *que con ojos apenas sin vida, miraba a* ALVARO *ante el desengaño, retuércese las manos desesperadamente. Su pecho se agita, se lo desgarra, y, sin poder llorar, a la salida de* ALVARO, *se dejará caer en el suelo trágicamente.*)

SARA

¡Me muero!... ¡Tengo las alas rotas y no puedo...

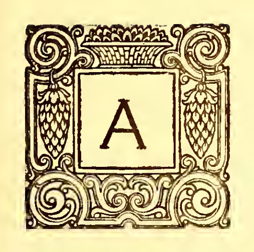
no puedo volar contigo... (ALVARO *desaparece. Todos, emocionados, toman actitudes propias.*)

D. JAC.

(*Apoyándose, santamente, en las últimas palabras de* SARA.) Vuela, pero no con él. Puesto que la voluntad de Dios se cumple, Dios sabrá recompensarte por buena y por dolorosa...

TELÓN





quí terminaría la obra y el autor desaparecería sencillamente por el foro, si no tuviera que adelantarse a recibir los aplausos conmovedores del público que asistió al estreno; no por el hecho de recogerlos para su vanidad, que es planta incultivada en su huertecillo, sino para agradecerlos y agradecer a todos la bondad manifiesta con que trataron a los hijos de su mente.

La belleza del sentimiento bueno, une a los hombres para siempre; porque, aunque la unión se realice en un sólo instante, por un acto cualquiera, por una idea, por una palabra, por un silencio, la eternidad envuelve a nuestro ser *en vida*, para contagiar aquel instante fugaz, que ya no pertenece al tiempo, sino al espacio infinito. «Nada podrá separar dos almas que en el espacio de un momento fueron buenas juntas», dice el autor admirado de *Le Temple enseveli*, Maeterlinck. Y es cierto que la distancia que aleja a un hombre de otro, a un espíritu de otro, cuando no ha habido ocasión de aper-

cibirse a la cercanía bienhechora, se salva poniendo en inmediata acción nuestro sentimiento buéno.

Así nos conocemos más y somos mejores; y así fué como se produjo, fundidos espectadores, actores y autor en un solo glorioso afán de piedad por la mujer adolorida, el hecho de recibir con aplausos insistentes una obra que, según véis, habla al alma para traerla al servicio de la dicha ajena, para provocar su escondida sublimidad en favor de los que, como Sara, viven sujetos a la única poderosa voluntad que rige los destinos humanos.

No podía faltar el comentario generoso; y salieron a la luz pública los benévolos juicios que siguen a estas sinceras palabras mías; y por decisión de unos amigos a quienes nunca podré agradecer bastante el bien que me hicieron—por el estímulo que me brindaron—, víme rodeado de comensales en fiestas de fraternidad, de intimidad, de aliento para una labor que nace; y, finalmente, acordóse contribuir a los gastos de esta edición, dando, con ello, ejemplo de estimación al autor.

He aquí por qué tenía yo que escribir estas ligeras líneas al final de mi comedia, obligado a decir a quienes la acogieron con tanto cariño:

—Amigos: no hubiera yo escrito más para el teatro, si esta obra hubiera desmerecido a vuestras alabanzas; ahora, ya que tan delicadamente me habéis alentado, seguiré trabajando para poderos ofrecer un éxito mayor, un buen éxito.

«Acostumbrados como estamos en estos tiempos de modernismos literarios, con tendenciosas licencias de pensamiento, a ver en el teatro, no el espejo de buenas costumbres, sino cantos al vicio y exaltaciones impuras dentro del arte escénico, no pudo por menos de llamarnos anoche la atención el estreno de la comedia dramática de Luis González López, «La voluntad de Dios», en la que resplandece la más sana y perfecta moralidad, en la que se desarrolla una tésis verdaderamente humana, con predominio del espíritu cristiano.

La obra plantea un interesante problema espiritual, y el estilo, noble y elevado, corresponde perfectamente a la tendencia ideal de la comedia, que es flagelar el humano egoismo, incapaz de comprender el dolor de los grandes sacrificios.

En la obra de González López hay, a nuestro juicio, más idealidad que acción; predomina el elemento literario sobre el dramático, cosa no extraña en quien hace sus primeras armas en el teatro; pero la comedia, en conjunto, acusa en su autor aciertos muy estimables, siendo de esperar que el éxito alentador de anoche le anime a llevar a la escena nuevas producciones que consoliden su reputación de dramaturgo.

Bien haya González López, que con tan elevado criterio da comienzo a sus andanzas por el teatro; y ya que por hoy no podemos disponer de mayor espacio y tiempo que dedicarle, unimos nuestros plácemes a los muchos que recibió, alentándole a seguir por iguales derroteros, a no engreirse por el triunfo obtenido, a producir mucho y bueno y a no tener derivaciones peligrosas de las que empequeñecen el arte.

Nuestra cumplida enhorabuena, que hacemos

extensiva a la compañía de D. Manuel Llopis, en especial a la Sra. Sampedro, por la excelente interpretación que dió a la obra.

Actrices y actores pusieron toda su voluntad y todo su cariño en la interpretación, aunque la falta de algún ensayo hizo que el éxito, con ser tan lisonjero, no resultase más.

El autor fué llamado a escena varias veces, escuchando muchos aplausos.»

El Pueblo Católico.—Jaén.

«Anoche representóse en Cervantes la comedia dramática en dos actos y escrita en prosa, titulada «La voluntad de Dios», original de D. Luis González López.

González López acaba de revelársenos como escritor dotado de grandes y apreciabilísimas condiciones para el cultivo de las letras escénicas. Sabe observar, hilvana bien las situaciones y dibuja perfectamente la psicología de los personajes, con arte que ya quisieran para sí muchos de los que se tienen por maestros y se consideran como reputaciones.

Conocíamos la obra por haber oído su lectura. Nos encantó la agilidad del diálogo, que es alado, e hizo grata mella en nuestro ánimo su tésis, de una belleza y de una humanidad creadoras. Mas, a pesar de todo esto, abrigábamos el recelo de que en las tablas resultara un fiasco por defectos de técnica o por impericia en el manejo de los muñecos escénicos.

Ante la representación de «La voluntad de Dios» disipóse anoche nuestro recelo. González López puede ufanarse de haber cincelado una comedia con todas las propiedades del arte escénico.

Tan cierto es esto, que, como decimos antes, este muchacho, un tanto romántico y otro tanto pensador, se nos muestra con actitudes para empresas de grandes vuelos en el cultivo del teatro.

Los personajes todos de la obra son de naturalidad irreprochable. En torno de tres, magníficamente creados, gira la tesis: Sara, linda muchacha, digna de mejores destinos, hija de la desdicha fatalista; Alvaro, novio de ésta, tipo algo estúpido, cuyas ilusiones amorosas se desvanecen a la vuelta de un largo viaje al notar el cambio físico operado en su amada a causa de una parálisis, y Jesús, hombre romántico, de un idealismo místico, humano y santo, çon ribetes de locura quijotesca, cuya alma compadecida de la desgracia y sublevada ante la dureza del corazón de Alvaro, se prenda de la pobre paralítica, y a un mismo tiempo la ama y aborrece al que deja de amarla.

Estos tres papeles fueron representados por la Sra. Sampedro, que hizo una creación de su personaje de Sara, y por los Sres. Perchicot y Domínguez, que encarnaron muy bien en Alvaro y Jesùs, ofreciendo un rico conjunto escénico.

Hay en la obra otros tipos importantes: Don Jacinto, presbítero, amigo de la casa, hombre reposado, cuyos consejos cristianos y cuyo espíritu de resignación son poderoso confortante para la espiritual paralítica. Y la abuela Desamparados, figura apropiadísima a las escenas en que toma parte. El Sr. Llopis y la Sra. Corcuera los interpetaron con exquisito acierto.

En general, «La voluntad de Dios» fué bien representada. No sólo por ello merecen un caluroso aplauso los actores y actrices antes citados, sino también las Sras. Guerra, Montero, Vivero y la se-

ñorita Mata, que tomaron también parte en la obra en papeles secundarios.

«La voluntad de Dios» ha constituído un éxito, un éxito indudable y merecidísimo. Deseamos que él sirva de acicate y estímulo para que el Sr. González López persista en cultivar las letras escénicas. Pocos autores pueden vanagloriarse de haber comenzado con tan buenos auspicios. Este amigo nuestro, a quien felicitamos con un abrazo por su triunfo, tiene en perspectiva porvenir brillante, si no deja que sus facultades y actitudes se enmohezcan en la quietud y en la falta de superamiento.

Al bajarse el telón, al término de los dos actos de la comedia, el público aplaudió calurosamente e hizo diferentes veces que el autor saliera a escena, para ovacionarle.

En Jaén hay vivísimos deseos de que se repita la representación escénica de «La voluntad de Dios». Los trasladamos a la empresa, seguros de que interpretamos un leal sentimiento de la opinión.

—

Anoche, cuando charlábamos sobre la impresión que nos había producido la obra, acercáronse a nosotros, en el pasillo del teatro, los médicos señores García Jiménez y Álvarez Somarriba, y el notario Sr. Azpitarte, y el primero, dirigiéndose al que escribe estas líneas, dijo:

—Amigo periodista, es preciso que demos un banquete al autor. Hay que estimularlo. Lo merece. La obra es bonita. Lance usted la idea y cuente con nosotros. Ya tenemos quien ofrezca el ágape: el señor Azpitarte, que lo hará como él sabe hacerlo cuando patrocina con cariño una cosa.

—Por mí, señores, manos a la obra. Me parece la idea atinadísima y excelente.

Lanzada queda la idea. ¿Hace al caso, colegas y amigos?

El Defensor.—Jaén.

«En el Teatro Cervantes, de Jaén, se estrenó la comedia en dos actos, y en prosa, original del joven y brillante escritor D. Luis González López, que lleva por título «La voluntad de Dios». Numerosa y selecta concurrencia, con predominio en ella del elemento intelectual, asistió al estreno, admirando una obra escénica en que campean delicadìsimas bellezas literarias, diálogo fácil y matizado de genialísimos rasgos y un asunto noble y generoso. «La voluntad de Dios» es una comedia de corte distinguido, de sutil observación y de bien delineados caracteres. Primera obra de un autor, revela facultades extraordinarias en aquél para seguir con segura fortuna por la senda de la dramática contemporánea. El estreno fué un éxito franco y sincero, y González López salió varias veces al palco escénico a recibir justo homenaje de admiración y de aliento a su labor literaria. Enhorabuena de parte de «Don Lope», que desea y espera nuevos triunfos al que ya los ha logrado muy justos con el estreno de su primera producción escénica.»

Don Lope de Sosa.—Jaén.

«Por fin Luis González López vió realizados sus sueños. Un día escribió una obra para el teatro y la farándula que pasaba frecuentemente, se las prometía muy felices para estrenársela; todo aquello era pura palabrería, dichos de comediantes que de este modo sostenían un deseo legítimo, el cual no tenían la más remota idea de llevarlo a la práctica;

aquello era el calvario del autor novel; el sacrificio del desconocido en pos de una quimera. Pero llegó un día que la farándula fué más voluntariosa y a la promesa ciñó la convicción de que «no hablaba por cumplir»; la comedia «se haría y se haría», repartiéndose en el acto los «papeles». El autor sentía renacer otra vez la ilusión; su espíritu luchador acariciaba nuevamente la ambición de su triunfo. A los pocos días, antes de anoche, fué cuando el autor novel escenografiaba su obra. Y el sueño fué realidad.

Luis González López, con el cariño de aquel que tiene todas sus energías puestas en una santa y noble empresa, dando culto así al amor de sus amores, ha escrito una producción teatral sin otras pretensiones que la de un ensayo. El confía que con el tiempo y con el entusiasmo se curtirá; como al libro y a la crónica y al arte y al cultivo de las letras, en fin, en todas sus manifestaciones, se dedica, un día «llegará». Cuando la voluntad rige, ¿quién se opone a su fuerza?

Unamos a ésto la clarividente mentalidad de González López y su constante trabajo, buceando aquí y allá en la clásica literatura, y nadie podrá dudar de que en su carrera de escritor conquistará el grado de maestro.

Ya en otras lides literarias, González López dió nota bella y gratísima de su noble empeño. Antes de anoche fué en la escena de Cervantes donde nos brindó con las primicias de su labor teatral.

«La voluntad de Dios», que así se titula la comedia dramática de nuestro amigo, es más que un ensayo, como él modestamente le llama; en ella hay matiz y tonalidades donde se refleja un espíritu de tierna concepción. Es cierto que hay brevedad

de asunto, pero en cambio éste está engarzado en un finisimo diálogo donde la acción reposa como en un lecho de flores.

Es real y efectiva esta primorosa comedia de González López. Hay en ella una oleada de bendita unción y, al beso de piedad de unos y al brusco desdén de otros, se descubre un contraste, que va hasta el final, de una dulcedumbre sana y victoriosa.

El autor salió al palco escénico al final del primer acto, y varias veces al terminar la comedia. El público, justo y unánime, sancionó de éxito aquella labor honrada y preciosa.

La obra se hizo muy acertadamente. La señora Sampedro entró de lleno y se adueñó del papel de Sara. Después la Sra. Montero, que también sacó gran partido en su trabajo, y con ellas las señoras Guerra, Corcuera, Vivero y Srta. Mata. El Sr. Llopis estuvo hábil en el Don Jacinto; el Sr. Domínguez muy estudioso en el Jesús; y el Sr. Perchicot, en el personaje de Alvaro. Todos contribuyeron al buen conjunto de la comedia.

Al cronista no le queda más que enviar un fuerte apretón de manos al autor por su triunfo, animándole a nuevas empresas, donde su temperamento se explaye, llegando así a la verdad de ese Ideal que para él es todo. ¡Es tan hermoso vencer!»

La Regeneración.—Jaén.

«Había despertado gran interés el estreno de «La voluntad de Dios», hermosa comedia dramática en dos actos, original del culto escritor y distinguido amigo nuestro, D. Luis González López, autor de varias novelitas que merecieron general aceptación y fueron muy celebradas por la crítica.

Así, pues, no era de extrañar que esta su prime-

ra producción escénica se esperase con avidez, y que se sintiesen vivísimos deseos por conocerla, no defraudando, al representarse anoche, las esperanzas que habían concebido críticos y aficionados en que la brillante pluma de González López había de obtener un lauro más.

Se trata de una comedia dramática, delicada y fina, magníficamente dialogada, con pensamientos de elevado criterio y de sana moral cristiana. El dolor, la resignación, el sufrimiento y los desengaños, tienen albergue en un alma joven que, en lo más florido de su vida, en el alborear de esa risueña primavera en que todo son optimismos, todo sonríe y todo nos brinda ilusión, dicha y placeres, una temible enfermedad agosta esa vida, desgaja aquella rama, toda lozanía, y marchita aquella flor, doblando sus pétalos, cayendo sus hojas de ilusión mustias y acongojadas y sufriendo, en silencio, un alma buena que, herida en lo vivo por la fría indiferencia de un amante desdeñoso y calculador, al recibir los punzantes dardos de la triste realidad, invoca el amor divino y de cuantos le rodean, para ampararse en cristianos consuelos y del cariño de los suyos.

Aquella alma buena tiende a volar, y un venerable sacerdote afirma: es la voluntad de Dios: ¡Vuela, alma, vuela!

En síntesis, González López establece una provechosa enseñanza, y es que el impedido, el enfermo, el que no goza de los privilegios que en vida disfruta el sano y el fuerte, también tiene derecho a vivir, a gozar, a saborear las dichas del amor y del hogar querido, a ser uno de tantos y que la sociedad respete y proteja a los que una imposibilidad física recluye en su casa, privándoles de los goces

y privilegios que disfrutan espiritual y materialmente sus semejantes, más dichosos por bienestar físico, aunque sus almas estén podridas por una moral relajada.

A la terminación del primer acto, en el que sólo se ve el esbozo de la comedia, cuyo desarrollo magistral está en el segundo acto, se levantó el telón y el autor fué llamado a escena. Al concluir la representación estalló una salva de aplausos, unánime, expontánea, pues partió de toda la sala y de las alturas. Entre aclamaciones y palmadas, se alzó el telón cuatro veces, y González López, visiblemente conmovido, correspondió saludando al público que lo aclamaba.

Reciba nuestra cordial enhorabuena, y sírvale el triunfo de anoche para obtener otros, continuados y sucesivos.

Mucho se debe también el éxito obtenido, a más de las bellezas literarias de la obra, a la bien cuidada interpretación.

Reciban toda nuestra simpatía por ello, el director y excelente actor D. Manuel Llopis, las eminentes actrices Sras. Sampedro, Montero, Corcuera, Guerra, Vivero, Srta. Mata y los no menos eminentes actores Sres. Dominguez y Perchicot.

Todos rayaron a gran altura y demostraron ser artistas de conciencia, haciendo honor a un autor novel, por lo bien estudiado de los papeles, como si se tratara del estreno de una obra de Benavente. —G. Ruiz Durán.»

El Liberal de Jaén.

«LA VOLUNTAD DE DIOS».—Este es el título de una linda comedia dramática, debida a la pluma de nuestro buen amigo Luis González López.

Es «La voluntad de Dios» un estudio amoroso-psicológico, donde libran ruda batalla los sentimientos corporales y espirituales, para demostrarnos que en tanto el alma arrastra a todos los que a su paso se ponen, los egoismos y apetitos carnales terminan por hacerse odiosos aún a los que lograron engañar en un momento.

Es un alarde muy plausible de estudio del alma humana, presentado con esmero y cariño, aunque falto de los latiguillos y efectos escénicos que forzosamente tiene en desconocimiento el que por primera vez escribe para el teatro. Estos son pequeños defectos que el tiempo y la práctica subsanan.

Los actores hicieron un buen trabajo, si bien hay que apuntar un defecto que pudo perjudicar a la obra.

En la primera escena, en que se encuentran Luz y el padre de almas, las miradas, los ademanes y el subrayado de las frases, deja entrever una pasión menos inocente que la del afecto amistoso.

Esto, que podía ser obra del autor para que resultase más la pureza del amor espiritual, queda muerto, sin explicación en el resto de la obra, y por eso el cronista lo cree cosecha de los actores.

González López recibió parabienes en abundancia, y más aún los merece su obra linda, correctamente escrita y de un perfecto corte benaventiano.»

Claridades.—Jaén.

«El pasado domingo se celebró en el restorán San Francisco un ágape para celebrar el triunfo alcanzado por la representación de la comedia «La voluntad de Dios», estrenada con gran éxito en el

teatro Cervantes, y de la que es autor el admirado literato D. Luis González López.

Con este motivo, hemos recibido en nuestra redacción el siguiente cablegrama de ultratumba, del que fué nuestro amigo: Quero Morente.

«A Luis González López.—Luis hermano: Desde este mundo del no ser, te felicito. Has llegado por «La voluntad de Dios» al sitio que te mereces, y no ciertamente al que te hubieran llevado las pasioncillas, envidias y vacuidades que adornan la voluntad de muchos de tus paisanos. A través de mis gafas, con cristales naturales, que son los que *aquí* se usan para ver a las personas desprovistas del oropel que envuelve la realidad, veo rodearte a los amigos de siempre, a los verdaderos amigos; veo felicitarte a los que te entendieron, y porque te entendieron te apreciaron, y veo ausentes a los que ausentes deben estar de todo acto grande por su sencillez, sencillo por su bondad, bondadoso por estar desprovisto de egoismo. La presencia de *esos* hubiera desvirtuado la pureza del homenaje. Su presencia no se comprende más que donde hay que hacer manifestaciones de servilismo. Lo otro, lo tuyo, no lo sienten, y, como no lo sienten, no lo viven. ¡Qué diferencia de *Ensayos* acá! De aquellos tres *preciosistas*, uno, yo, caí al principio de la jornada; Cruz Rueda y tú llegásteis. Sírvaos mi recuerdo de aliento. El recuerdo de lo que fué verdad, no muere en la vida de los que son. Así, el día que te festejaban, entre tus amigos, entre tus admiradores alentaron dos recuerdos, cuyas imágenes representaban a un viejo que lloraba de satisfacción, tu padre, y a un amigo, tu hermano.—M. de Quero Morente.»

República.—Jaén.

«Un meritísimo escritor comprovinciano nuestro, Luis González López, ha estrenado en Jaén una comedia con el título que rotula este apunte volandero. Ni sabemos un ápice de crítica teatral, ni podríamos hacer la más frágil reseña, por no haber presenciado el estreno ni conocer la obra. Nos limitamos a recoger la impresión causada a la prensa provincial. Y ésta señala con rara coincidencia el éxito de la obra de nuestro amigo queridísimo y apunta la seguridad de que se vislumbra un formidable comediógrafo en Luisito González.

Ya que no nuestra asistencia personal al banquete, que lamentamos, vaya al querido Luis nuestro apretón de manos muy fuerte y muy cordial.

El Pueblo.—Lupión (Jaén).

«Ya hace años que en una capital de provincía se encontraron dos chiquillos. Uno de ellos, el que atrae nuestra atención, moreno, de ojos pequeños y hundidos, de estatura mediana, dijo al otro: «Yo quisiera que escribiéramos juntos». «Bueno, pues escribiremos», fué la respuesta. Y, a poco, las dos firmas aparecieron en la misma publicación. Fueron amigos desde entonces. El chiquillo moreno vulgarizaba y ampliaba, en un periódico católico, lo aprendido en la Normal; el otro, hacía literatura en la pequeña revista de un colegio. Intimaban, sin tardanza grande; cambiaban libros, observaciones y relatos de amargura. Solían leerse mutuamente, cuanto daban a la imprenta, y, no sería necesario referirlo, a cada cual parecía estupendo lo que su compañero ponía en las cuartillas: ni el futuro maestro se indignaba porque su amigo hacía caso omiso, vitandamente, de la Gramática oficial, ni el ba-

chiller en ciernes protestaba contra el camarada por cualquier impropiedad filosófica.

Era la época de las lecturas innumerables y desordenadas, del producir artículo tras artículo, del lirismo desbordante y de la rebeldía fragante e ingenua. Desde luego que estos muchachos no tenían guías, aunque sí protectores generosos; es decir, nadie les corregìa sus producciones, pero las acogían en los periodiquitos de aquella tierra en que se conocieron. Se les concedía una importancia que, seamos sinceros, no tenían; se les criticaba con transcendencia que hubiera sido decorosa aplicada a los inmortales; en esos exámenes críticos se advertía más justicia que discreción, por lo que a la forma se refiere. A la vez, sería inútil negarlo, fluían las alabanzas, en las que un espectador imparcial hubiera observado disminución solapada y lenta, a tiempo que la insignificante personalidad de nuestros «héroes» se iba afianzando. ¿No se podrá decir esto, sabiendo que todo es relativo en el mundo? Y, por lo mismo, ¿será aventurado afirmar que esta amistad se asemeja mucho, aunque a conveniente distancia, a tantas otras de la literatura?

El tiempo fué pasando: uno de esos amigos nuestros alcanzó, honrosamente, sitio en un escalafón; el otro se marchó a la Universidad. Las cartas iban y venían; continuaban cambiándose impresiones, verbalmente, cuando las vacaciones llegaban; no prodigaban tanto los cuentos y las crónicas; dejaron de asomar los modernos escitas su faz terrible; casi desaparecieron las alabanzas entre el curioso bálago de las noticias; y las sórdidas «disputas de los hombres» estuvieron a punto de que se cumpliera lo que de las amistades de la infancia no perduran; mas las dulces aguas siguieron, cantan-

do, su camino; y a la vez, ellos dieron a los tórculos sus libritos primeros; y, en unión de otros, fundaron revistas, que el ahogadizo ambiente asfixiaba; y los derrotaron y premiaron en los mismos certámenes; y como tres lustros antes, el muchacho moreno dijo al otro: «Yo quisiera que escribiéramos juntos», añadiendo: «Pero en colaboración y para el teatro.» Y ante la duda, afirmó: «Bueno, pues escribiré yo solo.» Escribió; y cuando leyó al compañero la obra, éste sintió la misma inefable alegría que frente a un hijo espiritual. Al recibir los unánimes aplausos de un público sincero, el amigo sufría la amargura de estar lejos de su tierra. Y cuando al final del convite con que agasajaron al primero, aludía al otro, sin nombrarlo,—«otros gerifaltes de las letras, amigos míos, que ya triunfan, que ya tienen público que les ame», eran sus palabras—, «el otro» luchaba con la muerte...

Luis González López, educado en clásicos y modernos; que no se hastía leyendo al Arcipreste, y que saborea algunos versos de Rubén Darío; que se aplace con la literatura asintáctica de Baroja, y con las opiniones gramaticales del autor de *Crítica Efímera*; Luis González López estrenó recientemente su comedia dramática, en dos actos, *La voluntad de Dios*; publicará en *Blanco y Negro* la novela *En la lejanía...*, que adquirió esta revista, por la recomendación de un jurado compuesto de Palacio Valdés, Ortega Munilla y Julio Casares; y formará, a instancias nuestras, un volumen de prosas, a fin de que mi *Huerto silencioso* tenga un hermano mayor...

Después de estas divagaciones, ¿debemos hacer el elogio de la primera obra teatral de Luis

González López?... Hay en esta comedia una delicada figura de mujer, como las que Daudet describiera, en ocasiones, insuperablemente; y el nombre galo no está escogido al azar, ni la comparación es livianamente hecha... Porque al encontrar en la novela o en el teatro un alma que se nos mete corazón adentro, es posible que olvidemos el nombre, la acción, los episodios; mas la amargura de aquel espíritu quedará en el nuestro como un dolor más. Y he aquí que de Sara, la heroína de *La voluntad de Dios*, recordaremos siempre su dulzura, su fe, su belleza dolorida, la resignación con que por el mundo lleva su cruz, el santo madero que la forma como un nimbo de gloria...—Angel Cruz Rueda.»

La Gaceta Andaluza.—Alcaudete (Jaén.)

«El día 2 del actual se celebró, en el Teatro Cervantes, el estreno de la comedia dramática, en dos actos y en prosa, original de Luis González López, titulada «La voluntad de Dios», comedia representada por la compañía del excelente actor don Manuel Llopis. El aplauso de los espectadores fué espontáneo y clamoroso; unánime el elogio de la crítica; el triunfo de nuestro compañero fué debido, por lo tanto, a los méritos de la obra y a la personalidad literaria del autor. De ahí la gran intensidad de nuestra alegría, y nuestro deseo de que sea siempre grato el nuevo camino que, en las letras, comienza a recorrer Luis González López, con una comedia delicada, aunque no sólo para selecto público, emocionadora, sin sensiblería; ingeniosa, sin salacidad, y realzada su hermosura por la santa resignación que aprendemos de Sara.»

Ensayos.—Jaén.

«En Jaén ha sido homenajeado con un banquete el joven y notable literato D. Luis González López, uno de los escritores que, en la iniciadora pujanza de la juventud contemporánea, prometen dar al mundo de las letras obras de valor y de entusiasmo.

El homenaje, al que concurrieron todas las personas significadas de Jaén y los compañeros de letras, constituyó una ofrenda merecida y entusiasta al autor de «La voluntad de Dios» obra dramática, reveladora de un cerebro creador y de altísima inspiración. Dicha obra obtuvo un éxito resonante, como hace mucho tiempo no se recuerda en los teatros de la Alta Andalucía; éxito que, a no dudar, se confirmará y avalorará en Madrid, no bien sea conocida por nuestra crítica la importantísima producción del Sr. González López, a quien esperan otros muchos éxitos en su carrera.

En las hermosísimas cuartillas que el inspirado poeta leyó al final de la fiesta, dedica un sentido recuerdo al Sr. Cazabán, presente al acto, que ha sido su mentor cariñoso y amigo de toda la vida. El Sr. Azpitarte, requerido por los comensales, pronunció un bello discurso, que se ovacionó largamente, exaltando las dotes del anfitrión, para quien nosotros, desde aquí, tributamos también un aplauso cariñoso y entusiasta.»

La Jornada.—Madrid.

«...Y llegó el momento en que una pobre arañita, acostumbrada a vivir en el hueco de un lentisco, vése festejada por hidalgos de un pueblo señoril, Bayardos de la generosidad, de la virtud de ser buenos y altruistas. Cosa admirable es, señores, que a un poeta que busca el centro de su corazón, perdido en la plata flúida de la luna, que a un salmista profano enamorado de las hepáticas azules, se le acorra delicada, cordial y efusivamente. Los tiempos están para otras decisiones; y los que trabajamos sin hacer ruido, en penumbra, al margen, cuando más, nos hacemos acreedores a una sonrisita conmiserativa, a un gesto de obligada y torpe simpatía. Así va el mundo; y las gentes no suelen detenerse en el camino, sino para escuchar el estéril vocerío de los mil sacamuelas políticos que atruenan el ámbito pregonando la excelsitud de sus drogas. ¡Un escritor!... ¡Bah!... Pero así y todo, almas hay que conservan aún el sostén de sus alas: almas a las que no aherroja el cerco da los murciélagos que se agitan en rededor de nuestros sueños. Y éstas, las que eligen para sus ocios el ejercicio de sus virtudes, son las únicas que se acuerdan de que las cosas bellas son ¡también! cosas necesarias; de que los poetas, aunque viviendo de idealismo y no de cochambre de realidades, también merecen, como los concejales siquiera, como los alcaldes rurales, como los diputados, un puesto de honor en algún banquete.

A veces ocurre—y pensando en mí lo digo—, que el festejado es un infeliz monago que, a hurtadillas, ha penetrado en el cercado ajeno de los príncipes de las letras castellanas; pero es que los homenajes, como en éste de ahora acontece, no se concretan a determinar el relieve personal de tal o cual autor, sino la bondad del esfuerzo, el acierto de la iniciación, la firmeza del primer paso. Es que los banquetes, fuera de la amable lírica que les inunda, a salvo de la melopea de frases, ditirambos, etcétera, con que se establece comunicación afectuosa entre los invitados, pretenden fundir en un solo optimismo, en un solo estímulo, los dispersos adjetivos que viven la vida efímera de los periódicos. (1)

No otra cosa es lo que yo entiendo habéis querido hacer conmigo, porque no hay razón que abone para más. Y bendigo la hora en que mis amigos excelsos, los que constituyen la Comisión organizadora de esta fiesta, pensaron en ella mientras yo temblaba de emoción en las tablas del escenario, recibiendo el aplauso generoso con que mi labor modesta se acogía. Creed que «La voluntad de Dios» gustó... por ser de Dios y porque Dios impone su voluntad a todas nuestras obras; y siendo de El, ¿cómo no?... Pero yo recuerdo siempre, porque antes de decidirme por el cultivo de la literatura teatral, he procurado disciplinarme, yo recuerdo aquel

(1) Cuartillas leidas por el autor en el convite con que fué obsequiado por sus amigos el 26 de enero de 1919.

ruego del maestro Benavente, que dice: «¡Sean otros eminentes, obtengan otros ruidosas ovaciones y éxitos extraordinarios! Pero nuestras obras sean siempre discretas, discretos los aplausos de nuestro público, discretos nosotros mismos y que la discreción sea siempre con nosotros.»

La íntima satisfacción, la honesta algazara interior en que el espíritu culmina, es lo único que puede traer alegría al que labra su huerto y ve florecer en triunfo sus desvelos, sus ilusiones, sus esperanzas. Esto es bastante, porque la vanidad desfigura la fisonomía de los hombres y ahoga la sinceridad. Me lo advertía así quien ya hurtó su dolorida carne del peligro del abismo, en tanto que la viejita cristiana, sencilla y buena, mi madre, celebraba con besos muy apretados la labor del hijo; porque cuando yo leia a mis padres los primeros artículos, los cuentecillos juveniles, los madrigales en prosa a la ejemplar mujer que es madre de mis hijos, a ellos les parecía oro y rosas aquel estambre con que empezaba yo a tejer ensueños... No había crítica que entorpeciera con dictados de modernista o clasicista el orto del escritor: solo había palabras de cariño, preñadas de lágrimas y de alegría...

Un nombre, entre otros a los que debo gratitud, amparó mis comienzos en este amado Jaén, guió mi nave dorada hacia el Ideal e hizo, con sus bondades, que no decayera mi entusiasmo: Cazabán. Cuando yo, en las aulas, en mis excursiones a

campo traviesa, bajo las estrellas fulgurantes que parecen reir desde el cielo, buscaba tema entre mis inquietudes para trasladarlo al papel impreso, siempre tenía el temor de la repulsa; pero Cazabán, abriéndome su mano, decía: «¡Si está bien!» Y si no lanzaba a los cuatro vientos el consabido vaticinio que augura la cima de la gloria a todos los que empiezan, al menos, estimulaba, aconsejaba... Y lo mismo que a mí, a otros gerifaltes de las letras, amigos míos, que ya triunfan, que ya tienen público que les ame.

Porque lo doloroso en el escritor joven es que no surja el corazón que hable sin envidias: «Persevera, desoye la voz del egoismo, trabaja y sé constante... A tus ojos se abre el camino...» O, «no sigas, vuelve a poner en acuerdo tu pensamiento con tu actividad, dedicándote a otra cosa, algo para ganar el pan...» Que la tarea del escritor no caiga en el vacío; que las iniciativas de uno entronquen y se explayen en el justo amparo de los demás... esto, esto. Y no lo de costumbre: callar, vestir de negra pasioncilla la anhelada espontaneidad con que el escritor, el artista espera la palabra que aliente, el consejo que le adoctrine.

¿Cuánta no será mi gratitud a vosotros, a todos, a los que patrocinaron la idea como a los que la aceptaron?... No hay que pensar sino en que este agasajo es precisamente la palabra que alienta, el consejo que adoctrina. De aquí que yo dijera an-

tes que bendecía la ocurrencia de José Azpitarte, Juan García, Emilio Alvarez y Antonio Avalos, decidiendo la realidad del banquete, ágape, comilona... ó como consideréis más apropiado llamarle. A un lado, el tufillo de vanidad que para la vida se deriva. Yo no salgo de mi modestia nunca, ni creo que el escritor, por muy genial que sea, deba al Creador cosa distinta de lo que los demás hombres le deben. En el fondo, la misma idea que no cesa de evolucionar en la mente, igual voluntad del ser, idéntica opción. Lo que no es lo mismo es la locura, la locura o el divino toque espiritual que nos hace morir de éxtasis ante la belleza de un desnudo, de un cuadro, de un paisaje, de una imagen, de una idea, de una dulce música... Lo que no es lo mismo es la grandeza del alma soñadora, el venero ideal inconfundible que separa a Eusebius y Ariel de Florestán y Calibán. Unos buceamos en la entraña viva de la verdad, perseguimos el pájaro de la ilusión, vamos acercándonos a la Belleza, que es Bien; otros nos ganan en la práctica de vivir, y en la acera de enfrente, viéndonos cruzar, oyéndonos divagar como lunáticos, nos llaman inadaptados, raros, inaccesibles, chiflados tal vez...

¡Alas!... ¡Alas!... Que la vida no vale la pena, si no funda en nosotros anhelos de Infinito. ¡Aunque ceguemos!... Pero conservemos intacto el fuero del espíritu, sin que nada en nosotros sea más fuerte que él.

Por eso bebo y por eso brindo.»

Acabóse de imprimir este libro,
en los talleres tipográficos de
Sebastián Cañada, el día 23 de abril de 1919.



